71451

# LA MONTANA

Novela de costumbres chilenas

POR

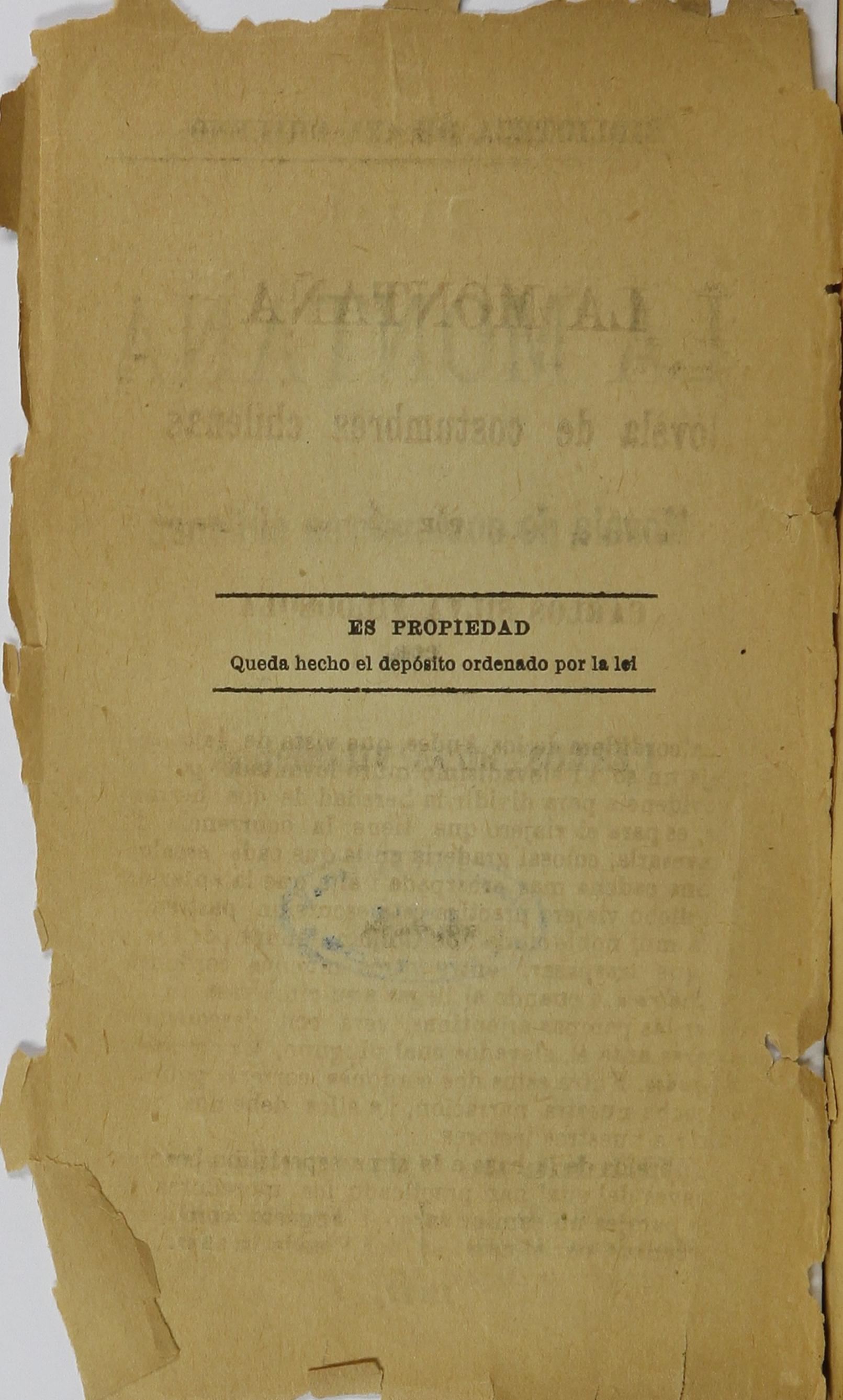
CARLOS SILVA VILDOSOLA



Oficina de "El Chileno"

SANTIAGO Bandera 16-F. VALPARAISO Victoria 10.

1897



salir de sus órbitas acercándosa al objeto; i entre las cejas habia constantemente una arruga que las sonrisas jamas conseguian deshacer: del todo resultaba una mujer cuyo aspecto, si no hermoso, mostraba al ménos vivacidad e intelijencia; i un buen fisonomista no hubiera hallado en sus pupilas, que velaban cuidadosas las pestañas, mas que la imajen de un alma recta en la que solo rectitud cabia. Tenia veinte años i se llamaba Felicis.

-Pusiste la olla al fuego?-le preguntó Basilia

apenas la hubo visto.

—Ya la puse ya,—respondió la muchacha algo turbada al ver que su madre contemplaba en éxtasis el vasto circulo de sus polleras.

-Anda a alisarte, entonces.

I miéntras Felicia entró en el rancho, dispuesta a poner lisa su cabeza como se lo ordenara su madre, ésta tomó el camino de la casa de una de sus casi innumerables comadres, a quien pensaba pedir auxilio en las tarcas que la noche le tracria consigo.

I ya era tiempo: el patron habia ordenado suspender las faenas una hora antes que de ordinario, i en las diversas habitaciones salían ya del fondo del baúl pañolones del mas estraño gusto, cuchos virjenes, enaguas musicales, pantalones con tendencias de enaguas, ignorados calzones i hasta tal

cual pareja de aros mohosos.

No quiero describir la impaciencia que dominaba a todas aquellas buenas jentes miéntras hacian sus aprestos para la noche, porque comprendo tambien la que se habrá apoderado del lector por saber si esta narracion será tan larga como mala. Mes no hai para qué inquietarse, que ya comienzan a brillar las estrellas i a la claridad ofuscante del dia sucede la luz suave i misteriosa de la luna, que al asomar por detras de la Buitrera mira a Pichinco i se sonrie: sabe bien la amable compañera de los pobres, que aquella noche están de fiesta, i aunque no la conviden, ya procurará verlo todo, metiendo que no se lo impida la descortés opacidad de algun

objeto.

la cómo por todos los puntos accesibles afluye ya la jente al teatro de la fiesta, i cómo van por los caminos enlazadas del brazo, semejando grupos de nocturnas mariposas, entretenidas en amena charla, las mozas de Pichinco, i cuál se afanan por alcanzarlas las celosas madres, para quienes paró ya la

edad en que se vive a escape!

La enramada de sa Basilia, que en esta ocasión habia recibido un regular ensanche, era estrecha para la concurrencia que aumentaba por momentos; ya en los bancos colocados al rededor solo se veian mujeres; los mozos se mantenian unos de pié ante sus damas, distraidos en sabrosa plática, al par que otros iban i venian ofreciéndoles ya una rama de olorosa albahaca que enredaban en sus cabellos o prendian en el seno, ya «un traguito de mosto para el refresco.» En el patio i la cocina hormigueaban los chiquillos, para quienes la fiesta tenia mas de un atractivo.

Felicia, la niña de la casa, se hallaba tambien tentada entre sus amigas, i entre todas resplandecia por su gallarda presencia; todo era en ella pulcritud i aseo; hasta sus revoltosos cabellos crespos habian consentido en someterse a los límites de una trenza en agradecimiento a un clavel rojo que entre ellos colocara la mano de su dueña; a su lado sentábanse las Oñates, lamidas como unas gatitas i radiantes de albayalde... Mas no teremos tiempo de pasar revista al concurso, que ya aparece en la entrada del recinto un mozo risueño como unas parcuss, que deteniéndose i mirando con verdadera fruicion aquel congreso de bellas, esclama desde lo intimo de su alma i con lá mas picara de las sonrisas;

-¡Vivan las niñas bonichas!

-- Viva, vival

<sup>—¡</sup>Ya llegó Zacarias!

—¡Queca, cuecal repitieron todos rodeando al recien llegado, quien sin hacer caso de esas manifestaciones, se paso delante de Felicia i quitándose el cucho o bonete cónico de lana azul que cubria su cabeza, le dijo mirándola lo mas tiernamente que la permitio la espresion viril de su fisonomia

-Benaiga los ojos que te ven, mi alma!

—¡Ve qué suertel—le contestó la aludida, haciendo un graciosisimo mehin i enseñándole la puntita

colorada de su lengua.

— Que treigan la vihuela! Qué hubo de la cantoral—no cesaban de gritar otros, que solo se tranquilizaron cuando vieron el deseado instrumento en
manos de Parmenia, la no méno deseada artista.
Cojió ésta la guitarra despues de muchos melindres
i repulgos, i comenzó a afinarla, alentada sin duda
por la compañía de Prudencio, o mas bien Puy,
mocito afeminado, que tomando asiento mui pegado a ella, se disponia a tamborear.

- Que baile la Feli!-proclamó la mitad del

concurso.

— Con Zacarias!—repitió la otra mitad.

-Si yo no zé.

- Baila no mas, no seáis lesa.

—En otra como en ésta no te hallarís, Zacarías, sa dijo éste i arrojó a un rincon su cucho, tiró sobre los hombros la doblada manta, apoyó la mano izquierda en la cadera i enarbolando con la derecha un gran pañuelo rojo, se plantó en facha en medio de todos.

—¡Así me gueta, caray!—le gritó un viejo gordo. I no hubo remedio. Felicia se levantó, i mientras preludiaban una zamacueca, fué a colocarse delante de Zacarias, recojiendo con suma gracia la falda de su vestido.

Así les combatientes, principió la batalla.

Primero fueron solo passos cadenciosos en que el talle podia dar pruebas de su jentileza con suave e inimitable balanceo, mas, luego que la música i el canto se animaron, los movimientos se hicieron mas caprichosos, las vueltas mas rápidas, i el galan, saliendo de la línea en que hasta entonces se habia mantenido, comenzó a perseguir a su dama, zapateando con increible entusiasmo cuando ámbos pafuelos se enredaban en el aire; ella entretanto le volvia en vano las espaldas, cada vez que, obligada por su singular estratejis, se hallaban cara a cara; todo inútil, que a la próxima vuelta, i cuando ménos lo esperaba, ya estaba junto a ella, i dob!ando con perezosos movimientos su cuerpo de jigante, la dejaba pasar no sin haber ántes batido su pañuelo por sobre la hermosisima cabeza de Felicia.

La animacion llegaba a su colmo; los hombres, colocados en semicirculo hácia un lado, palmoteaban a compas, ajitaban sus piernas como si ballasen i estrechaban mas i mas el circuito en que se movian los danzantes, tras de quienes se les iba el

almanance at angula, i Felicia, argonda ciera la orio

Echale agrio, morena!

-¡Al salero, mi alma!

— Cómetela, diable! — Esa es la cosa!

Así gritaban en confusa algarabía que solo dejaba percibir las notas mas agudas lanzadas por la vigoresa garganta de Parmenia, que cantaba desesperadamente aquel viejo estribillo:

arrolla tu lezo atento,

chamber echa tu negrita en ancas

i acuérdate de tus tiempos.

Aqui llegaba el canto cuando partió del lado de la gnitarra una voz sonora i dominante, que gritó:

offra a phospath arangod at ish robeber to assten

- Aro! Aroly all about all aviv and

I al punto experon dos manos sobre las cuerdas del instrumento, enmudecieron el canto i las palmadas, se detuvieron los bailarines i apareció Pay, sosteniendo con ámbas manos un potrillo o vaso descomunal, lleno de espumoso i lejitimo tornasola-

do, que con muchos contoneos i ofrecimientos, presentó sucesivamente a Parmenia, Feticia i su compañero. Apuraron algunos sorbos las primeras
entre alegres i turbadas, i bebió con febril ansiedad
el segundo, que apenas tuvo tiempo para pasar la
manga de su chaqueta por la sudorosa frente, porque a una señal de la mayoria renacieron la música
i el tambereo, sonaron palmoteos estridentes, volvió el canto mas agudo que nunca i siguió la
danza.

Si la animacion fué grande antes del parol, pasado él no tuvo límites, i ya se secaban las gargantas i se apoderaba el vértigo de las piernas, ya el canto, las palmadas i los chillidos se mezclaban en infernal batahola i era la cueca un torbellino, cuando sonó el último rasguido. Zacarias se acercó entón ces a su acompañante, con un lijero movimiento tiró al suelo la manta, i Felicia, erguida como una reina, no rechazó el homenaje, pasó sobre la manta i fué a sentarse entre sus compañeras.

Una lluvia de aplausos i esciamaciones saludó esta escena; los vasos corrieron de mano en mano, i es incalculable el número de los que, llenos de aguardiente, horchata con malicia i sin ella, chicha i chacolí fueron destinados a hacer indefinido el re-

gocijo de damas i galanes.

Si en la enramada se divertian no lo hacian tan mal en el patio, en donde un gran número de pilluelos se habia apresurado a cubrir de paja i ramas secar, que luego encendieron, la base de la Cruz de Mayo ya mencionada, i, formando ronda, daban vueltas al rededor de la hoguera, diciendo a grito pelado:

### ¡Que viva la Cruz de Mayo i nos guarde pa este otro añol

Unos hacian cabriolas sobre las llamas, otros los empujaban hasta hacerlos caer; per aquí huia una chiquilla perseguida por un pillastre a quien intentara quemar la cabaza; i mas alla derramaba otro cobre la de su contrario una lluvia de fuego que,

sin duda, no era castigo de Dios.

Atraidos por tan animadisima escena, los de la enramada fueron llegándose a ella unos tras otros hasta que al fin cojió cada uno a su cada una, vino la cantora i reemplazaron a los chicos en la ronda, cantando miéntras daban vueltas:

Que viva la Cruz de Mayo, la Cruz de nuestro Señor, i nos guarde pa este otro año sin penas i sin dolor.

I así siguió la noche, repartidos los favores públicos entre la Cruz i la cueca, fortalecidas las gargantas por menudos tragos, firmes los cuerpos gracias a las empanadas i tortillas que no cesaban de palir de la cocina i dominados todos por una alegria

que aumentaba en temible progresion.

Bailó ña Basilia, bailó Jacinto, bailaron mamás mui respetables, i solo se desbandaron cuando vieron con sorpresa que ya palidecian las estrellas i en la casa del patron llamaba al trabajo la voz acompasada i triste de una campana. Entónces vieron muchos con estrañeza que miéntras caminaban, los árboles le salian al encuentro, i el cielo, uniéndose a la tierra, intentaba aplastarles.

Zacarias notó también que estaba mas al egre que de costumbre; le zumbaban los oidos, i al dirijiree al trabajo, sin quererlo, iba bailando cueca i can-

tando entre dientes:

Ouando se tiene pena, ahogarla en chicha i chupar aguardiente pa que no venga.

ATTORNEY OF THE PROPERTY OF THE PROPERTY OF THE PARTY OF

THE PARTY OF THE PROPERTY OF THE PROPERTY OF MAIN OF ME

FO BEEL SCHOOL SHE R SEODISEPSE DESCRIPTION to any aban as a one shap II on the sup affect

## HOGAR MONTAÑÉS

sallouv medab assignation obsertion

-Así es que no hai que descuidarse, hijitos.

-Por lo bien refregao que no es ir a morir por el como perro.

-¿I qué le habimos de hacer? -No dejar que los agarren.

AF BOLL YELLDOWN REXURDED TO CHARLE THE TOP WOLLD

-Esto esl ¿I si lo pillan a uno imprevenio?

-Bah! Patitas pa que te quiero 1 azotar firme pa la montaña, que no han ser tan arrejonados que

vengan pu aqui.

A este punte llegaba un animado diálogo que un mes despues de los sucesos que dejamos narrados sostenían en la cocina de na Basilia, tres hombres, de los cuales dos nos son conceidos, Jacinto i Puy, i es el tercero un viejo algo obeso llamado Pedro Oñate, padre de unas señoritas que, si mal no recordamos, dimos a conocer, aun ue de paso, al lector, en la noche de la Cruz de Mayo.

Pedro habia regresado a mediodia del pueblo, es decir, de Chillan, i desde que se presentó en el trabajo fueron objetos de grandes comentarios las noticias que con mucho misterio i no pocas reticencias trasmitió a algunos sobre el último episodio de

la guerra.

Olvidábamos decir que corria el año de 1879, i como tal se hallaba en todo su apojeo el ardor bélico que en sus primeros momentos despertara la contienda entre Chile i sus vacinos del norte.

Cuando sonó la hora de abandonar las faeuas, Jacinto invitó al recien llegado a cenar, i entrando en la cocina acompañados de Pay, que se les agregó en el esmino, tomaron asiento al rededor del fuego: Basilia los esperaba allí vijilando la cena al mismo tiempo que mecia sobre sus rodillas al menor de sus vástagos, un pedazo de montañesa que no habia vivido aun mas que un são i ya se salia de madre

en les faldas de la suya; tel era de rolliza.

La conversacion, como era natural, versó sobre el tema del dia, la guerra. Pedro refirió con muchisima calma i desesperantes pausas cómo, habiendo ido el sábado último a la feria, oyó en el despacho de «La cuchara de palo», al mismo don Vicente, que pocos dias há se habia librado un horrible combate entre buques chilenos i peruanos; que los chilenos se habian ido a pique, pero con el consueto de haber saltado al buque enemigo donde mataron peruanos «a su gusto», i por fin que el mas valeroso i mas nembrado era un capitan que Pedro entendió llamarse Prate, pero no lo jurara.

- I cómo se llamaban los buques? - preguntó

Puy al llegar a esta parte de la narracion.

—Uno se llamaba... se llamaba... esto...; Hudscal el peruano, i el chileno me lo dijeron tamién
pero es un nombre tan rudo que no me hai podido
acordar. Es así algo parecio al nombre con que
mientan al hijo de mi comaire Juana. Esme... Esme...

— Esmérito será.

—Por shi vs, pero no es el mesmo. —;I eso es todo lo que trae de nuevo?

Espérate, hombre, que tuavia tengo en el buche lo mas fregao. Han de saber que de onde don Vicente me fui a dejar la carreta a la posada, i corté pa la casa de ese rico que me vendió la yunta de negros, i está ssi pa el lado de las máquinas. No seria mucho lo que habia caminado cuando to-

seria mucho lo que babia caminado cuando topo con un cristiano que se me pone por delante i me ice:

—Mire, amigo ¿pa ónde bueno? —Pa abajo; ¿qué se le ofrecis?

—Es que si tuavia quiere algo su pellejo, no pase

por casa blanca, porque andan recojiendo jente pa la esa guerra; ei tienen un paco en la pu rea i al que pasó... lo encapacharon!

- Adios, diable! ahora si que la saqué linda.

I esto que digo, i doblo la esquina, i agarré trote, i onde verán que lo mesmo fué mirar pa atrás i ver el cuartel con toos los pacos que venía a lo que es correr detras de mí. En fin, que si no es por la Virjen Santisima Nuestra Reina i Señora, ésta sería la hora en que los peruanos me hubieran metío una bala en toito el cuerpo. ¡No! si me parece mentira que haya podido llegar aquí sin mas novedad que un paquete de velas que le quedé debiendo a las benditas ánimas del Purgatorio de Carmencito.

I al terminar su narracion Pedro se santiguó re-

verante.

Faé ella tan espresiva que dejó aterrados a los dos oyentes; a Jacinto porque pensó como Oñate en su mujer i sus hijos, i a Prudencio porque por naturaleza era cobarde hasta donde a un montañes le es permitido serlo; el primero pareció confiarlo todo a la Providencia, pero el último creyó mas conveniente, o no salir de la montaña, o bien huir al menor amago, opinion que espresó con toda claridad en la última frase del diálogo con que empezamos este capítulo.

Siguióse un eilencio sepulcral, durante el cual solo la chiquitina se atrevió a gruñir i a revolve se hasta que su madre, zarandeándola a mas i mejor i golpeándole el pecho con poca su vidad, la apaci-

guó cantando mui destempladamente:

Daérmete, nifiito,
que viene la vaua
con los cachos de oro
i la cola de plata.

I no bien hubo cantado, entró en la cocina, no la vaca sino Zacarias, quien saludando a los presentes, tomó asiento al lado de Basilia.

Como era natural, se le impuso en el acto de las aventuras corridas por Pedro, i éste hubo de repetir eu narracion, mas algunos detalles de última hora i un tento fantásticos que aumentaron su interes.

-Lo que es por mi, -dijo Zacarias despues que hube escuchado aquella odisea, -- no se me diera ni tanto así que me agarraran, i hasta me están dando ganas de irme pa el cuartel i entrarme de sordao.

-- Virjen Madrel esa si que es brutalidad!--es.

clamó Jacinto.

- Eso serà pa ustedes que tienen mujer i chiquillos; pero pa mí, que no tengo ni paire ni maire, ni perro que me laire...

-; Vel ¡Es que vos ni conocis la fregatina, puél -Pero ha de ser cosa mui rebonita ¡caramba! ir a rodar tierras por ei, mui empaquetao, con kepis i botones con números, i un fusil, i un chafalote, i que toita la jente se lo quede mirando con la boca abierts, i irre en la máquira pa el norte. i que...

-; Chit, chit. chit!-dijo a la razon Besilia a su pequeñuelo.—Ya despertaste otra vez, bellaco, cara

de nuco:

San José bendito, alférez mayor, bate la bandera que pasa el Señor. A STATE PROLLEG STATE

El Señor pasó naide lo sintió, solo la bandera sola se batió.

Patin! -Dicen que mendo une toma le arriman palo, i si acaso se queda traspuesto cuando lo tienen parzo en la puerta, lo ofusilean.

THE RESIDENCE OF THE PARTY OF T

THE PARTY OF THE PROPERTY OF THE PARTY OF TH

BAND RECORDER OF THE LOCATION AND THE LOCATION AND A THE LOCATION AND A STREET AND

COME SECTO AL PAR LESSES NO

RESERVE BY A THE STREET WHEN IN THE

-¿Qué tiene este niño con tanto llorar? ¿Qué no tendrá madre que lo haga callar?

Patin,—gritó de nuevo ña Basilia interrumpiendo su canto.

—¡Mamital—repuso desde la puerta con voz rezongona un muchacho como de quince años, segundo cachorro de la guapa montañesa.

—¿O ade te metis que no contestáis? —Si estaba shcerrando los chanchos.

-Anda a decirles que vengan a cenar.

I Patín (que dicho sea de paso, se llamaba Valentin) salió a buscar, no a los cerdos, como mas de uno pudiera figurarse, sino a su hermana Felicia i a otros dos mas pequeños que él que añadidos al que aun no habia abandonado el regazo materno formaban la moderada familia Ponce; i digo moderada, porque bajo aquel cielo son los niños numerosos i lozanos como las espigas de trigo i las mazorcas de maiz.

Luego que se hubieron reunido en la cocina a la luz por demas vacilante i aun a ratos nula de la leña que ardia en el centro, i envueltos en el humo, para cuya salida eran las paredes de ramas, que habiendo perdido sus hojas constituian un muro mui elemental, Felicia hizo bajar del techo una canasta, de la cual sacó algunas oucharas, una sarta de ajies mui rojos i una cebolla; dió una cuchara parda de estaño a Pedro Oñate, a su padre otra que quizas en la niñez fué hermana de la anterior, pero que ahora gastaba mango de palo i una quebradura tal en la estremidad destinada a acarrear el alianento que quien, no conociendo sus malos instintos, se aventurase con ella se espondria a quedar sin len gua; entregó una tercera hecha toda de palo a Zacarias; otra igual a Puy i a Patin; i en cuanto a ella i a su madre le bastaba con el cucharon de revolver.

Basilia quiió, por fin, el pedazo de teja que cubria la boca de la olla i salió por ella una columna de vapor, cuyo perfume, aspirado con delicia, hizo llenarse de saliva la bora de les circunstantes, quienes se saboreaban prematuramente. Una parte del contenido pasó a una olla mas pequeñs, que fué entregada a Patin para que de ella comiera con sus dos hermanos, i los tres se instalaron en un rincop. Cuatro cucharas i un cucharon entraron entonces en la olla grande, i despues de hacer en su interior algunas evoluciones, salieron llenas de un caldo amarillo con tintes rejos en el cual nadaban algunos frejoles. Las cuatro cucharas i el cucharon llegaron a la boca de sus respectivos dueños i se oyeron por algunos minutos los trinos que hacia el líquido al ser absorbido por los labios. Despues de las cucharas entraron succesivamente varios ajies que se daban un baño, salian i eran devorados sin hacer un jesto.

En la olla chica, es decir, a su alrededor, la cuchara pasaba de mano en mano por riguroso turno, i toda la dificultad estaba en salvar lo estraido en la peligrosa angostura de la garganta, donde en ocasiones solian volcarse los vebiculos destruyendo de

un golpe sabrosas ilusiones.

I sei trascurrió un rato sin que alterara la pez i el silencio mas que el ruido de las cucharas que ya raspaban el fondo de la olla que presidia Patin. Despues de algunas esploraciones se declaró agotada la materia, i tocó a aquél la última gota, casi imperceptible.

-Comida hecha i amistad deshechs, - dijo el viejo

Oñate levantándose.

I dos le imitaron i ralieron de la cocina, siendo el último Zacarias, que se permitió, como despedida tirar de la trenza de Felicia, quien le correspondió con un puntapié de pie maestro.

—Hasta mañana, Jacinto.

— Hasta mañana, si Dies nes presta salud i Vida. I los visitantes se perdieron en las sombras de la noche que, como suelen en aquella época, estaba oscurisima.

Felicia cubrió de ceniza los últimos carbones que aun ardian i entró en el rancho, donde ya Basilia habia encendido una vela de sebo, a la cual no se podia exijir mucho a causa de su estremada debilidad.

Las paredes de ese rancho, al igual de sus conjénerss, eran formadas por gruesos troncos de pocomas de un metro de altura que dejaban entre sí espacios suficientes para dotar a aquella vivienda de una ventilación tal vez excesiva; sobre ellos se alzaba el techo de paja apenas capaz de contrarrestar la lluvia. Solo en un rincon en que habia una tarima con un colchon lleno con hojas de maiz i hasta pedazos de mazorca, i dos o tres frazadas mui sucias, estaba la empaizada cubierta con trozos de jénero; lo demas pertenecia a los vientos i sobre todo a los helados del norte.

Sobre dicha tarima acostó Basilia a la pequeñuela, luego apagó la vela, i despojándose sus escasos vestidos se metro bajo las frazadas, seguida a poco de Jacinto. A los pies de esta cama rudimentaria, unos cueros formaban el lecho de Felicia, i en otra esquina se tendieron sobre unas pajas cubriéndose con jergones i sin quitarse las ropas, Patin i sus hermanos: padres e hijos se sentaron en sus pobres lechos i se oyó un cuchicheo de oraciones i de besos; dijeron el bendito en alta voz los dos pequeños i Patin rezó con mucha atencion el Padrenuestro i el Avemaría, pero ya en la Salve sus ojos intentaron cerrarse i al llegar al Bendito se quedó dormido con el nombre de Dios entre los labios; no de otro modo se dormirian los ánjeles si de reposo hubieran menester.

Al dia siguiente, cuando apenas comenzaba el alba a disipar las sombras, Jacinto, su mujer i su hija habian abandonado la posicion horizontal i emprendia cada uno su tarea. La última debia ir al melino situado en la ribera opuesta del Pichinco para tratar la harina que pronto seria necesario comprar.

Envuelta la cabeza en su pañolon i calzadas sus hojotas de cuero, tomó Felicia el camino del balses-dero o craudal de la balsa» como alli le llaman.

Corria esa brisa helada que acompaña de ordinario a la aurora; el cielo estaba cubierto de nubes
de un tinte plomizo; los árboles, sin hojas, semejaban jigantescos esqueletos; reinaba la calma en todas partes i tan solo turbaban aquel hondo silencio
el lastimero balar de alguna oveja o el silbido de
una lechuza sorprendida por la luz.

Pero en nada paraba Felicia su atencion; parecía por el contrario concentrada en sí misma. Ella, siempre tan alegre, que gustaba de correr i brincar per esos campos, atravesando los potreros sin respetar cercados, marchaba ahora a pasos lentos mui arrebujada en el pañuelo i con los ojos bajos; era evidente que una idea triste le preocupaba, i tan era así que absorta en sus pensamientos no sintió los pasos de Zacarías que la alcanzó i se colocó a su lado, hasta que él le dirijió la palabra:

-¿Cómo habis amanecido, Feli?

—¡Ail no te habia visto,—esclamó sorprendida la jóven.—Ya andas siguiendo, odioso...

-¡I cómo queris que no vaya onde tú vas pa que

me mandes en lo que te se ofrezca!

—¡Ya empezaste con las pilloicas! Como no servis pa ná, por eso te ofrecis.

-Eso si que nó, caramba, porque si se me anto-

DOT STADE SEE ASIA!

ja te agarro a apa i te llevo onde querais.

-Yo voi pa el molino.

-Entónces te paso en la balsa.

-Mira, Zacarias, no quiero que tú me pases.

-I yo si que quiero, i te paso i te paso.

-A que no me pasas.

-¡Era de que nó!

—I no me la habis de ganar.

-Feli, cuando yo te diga que el macho es rucio.

miraie el peio no mas.

I al decir estas paisbras se encontraron en la crilla del rio. El «raudal de la balsa» era un espacio
como de una cuadra, enteramente limpio de piedres, por el cual se hacia la travesia del rio, impracticable en cualquier etro paraje. Atada a un palo
por fuerte cable estaba la balsa, no mui gruesos i
como de tres metros de lonjitud, atados con bequi,
enredadera silvestre que sirve de cuerda; si a esto
se agrega un palo bastante largo llamado ala palanca» i que sirve para empujar la balsa apcyándolo
en el fondo del rio, quedará descrita en todas sus
partes una balsa montañess.

Zacarias desató el cable, tomó la palanca e invitó

a Felicia a entrar.

-Yo no entro hasta que tú me promeias una cosa.

-- ¿Qué cosa? |A ver, a ver!

-Que me has de decir tu pura i santa verda cuando yo te preunte una cosita que quiero saber.

-Ya está, en llegando al otro lao, toito eso i mu-

cho mas.

-No me engañis. Zicarias; mira que te cuesta caro.

—Déjate. ¡Véis qué! ¿Pa qué te voi a engañar?

Bueno, entónces entro.—I Felicia entró en la balea colocándose en el lugar que Zacarias le indicó a fin de no descontrapesarla. Este dió luego un vigoroso impulso a poyando la palanca en la ribera i la balsa se deslizó por sobre la tersa superficie de

las aguas.

Zacarias se sintió en esos momentos perfectamente dichoso; la balsa se le figuró un mundo pequeño que habitaban solos los dos: mas a un, Felicia estaba allí tran quila i confiads; Felicia pasaba el rio, vencia un ob stáculo, en una palabra, gracias a él, i eran sus brazo s de hierro los que imprimian a la balsa ese suave movimiento, cuyo encanto sentia mas que él su compañera. Mucho antes de lo que Zacarias hubiera deseado, tecó la balsa a la orilla i saltaron a tierra sus dos tripulantes.

—Mira, Zacarias,—le dijo entónces Felicia, tomándolo de un brazo ¿es cierto que queris entrarte de fordac?

Zicarías no contestó, sino que inclinó la cabeza i se rascó la oreja, como buscando medio de salir del paso: sin duda no se habia imajinado que pudiera hacerle una pregunta semejante: por fin dijo algo turbado:

-¿Quién te metió eso en la cabeza?

—¡Ah! ¿no ves? En la cara se te conoce, picaro, embustero! Pa eso andan éstos con tantas lilailas con una pa dejarla despues aqui llorando como una lesa.

—No seais así, Feli.

—Cállate la boca, sinvergüenza. ¿Como tenis cara pa hablarme, perro ingrato? ¿Que no sabis que te quiero mucho i que si no me caso contigo, me muero asina? Mira, Zacarias, tu me estáis engañando, estarás queriendo a otra.

I la infeliz rompió a llorar.

- —Pero si no es pa tanto, Feli, por Dior!
  —Si, como a ti no se te da ni tanto así.
- —Mira, pues, chiquels, no lloris mas,—dijo en tono aflijido aquel hombre que parecia un Hércules, tomando entre sus manos las de Felicia;—yo te voi a decir mi pura i santa verdá, i es que cuando estoi aquí contigo no me dan ganas de moverme por toda la vida; pero en llegando a Chillan, en viendo los batallones, me da una cosa que me llega a dar rabia, i arranco pa acá porque si nó, capaz soi de meterme al cuartel i hacer una brutaliá. Pero, mira, Feli, ya te digo por este puñadito de crucesitas que no quiero a naide en esta vida mas que a tí solita no mas.
- -Entonces no te aportes mas solo por Chillan

—Difficil está la cosa; pero...; Bah! eso no queará

cobadant onl

BES! BUT

.... No sechis and Poli-

por mi. Entônces quedamos en que no voi a Chillan hasta que vaya no Jaciato.

-Kso es; asi si que me voi contents; adios, Zaca-

rias.

—Adios, mi vida,—contestó Zacarias i se quedó mirandola hasta que la ocultaron los árboles del camino, observado com se alejó con rapidez.

dera hacerle cas pregunta semejants; por ha dijo

# - Apply two year Hu la care is concoe, picaro,

### omou obdanoil en CARMENCITO DE DO BOLL O

mention Pa eso andan éstos con tantas dilacios

Al amanecer del 15 de julio salia de la casa de na Basilia una carreta seguida de dos hombres a caballo; tomaron el camino que, trasmontando la Buitrera, llevaba a Carmencito, i comenzaron a subir aquella escarpada i elevadisima cadena.

En la oscuridad, i sobre todo, visjando por el campo, no sé si por miedo u otro metivo cualquiera, se guarda respetuoso silencio: parécenos que cometeriamos una profanacion si dejaramos oir una silaba. Así fué que les viajeros permanecieren callados durante todo el tiempo que emplearon en la ascension, si bien es cierto que aunque la hora era avanzada, reinaba la mas completa escuridad: que era dificil a la aurora vencer la espesa cortina de nubes que cubria el firmamento.

Solo de cuando en cuando se oia la voz del carretero que, asestando a los hueyes un picanazo, les marcaba la verdadera direccion o les hacia menudear sus tardos pasos, diciendoles en vez relativa-

mente baja:

- Arre, Pensamiento! —¡Apúrale, apúrale!

Por fin, concluyeron la penosa subida i entraion

en la Loma, meseta de regular estension, tanto mas grata a los ojos de los viajeros, quanto que ofracia gran contraste con la faida opuesta que acaban de traspasar. Allí, la falta de árboles les permitió ver que ya inundaban el cielo los tintes b'ancos i rosados del alba. Las dos mujeres que iban en la carreta se revolvieron i desperezaron.

-¡Co co-ro-cól gritó un gallo en un rancho cer-

cano.

—; Cristo nació!—repitió inmediatamente el carretero.

-¿I mañana es el dia del Cármen?-preguntó

uno de los de caballo, que parecia el mas jóven.

—Si, pues, i mañana son toas las fiestas, si Dios quiere i la Virjen Santisims,—le repuso su compafiero.

-Estará güena la cosa.

—¡Claritel ¡Pech! antiayer, cuando yo pasé, ya habia monton de jente, que daba justo ver; i los ricos andaban que se las pelaban arreglando los santos i poniéndoles unos trapitos de toos colores al taulaillo, porque icen que van a bailar las nifias de don Bernabé.

- Ai, qué gusto, hijito de mi alma!

—Ya te dijeron polleras, puss, templao,—saltó la mas jóven de las de la carreta.

—Ahí está la Feli con la mesma de siempre.

-Mirá, Jacinto, -dijo la otra mujer en son de amenaza, -no te vayais a curar, porque te rajo el alma a palos.

-Mirenla tamien quién habla ¿A quién seria

la que decian chicha fresca?

-Eso me lo decian porque era alegre, mal hablao, i en jamas de los jamases me habris visto curáa como vos, viejo garra de ouero.

—Mire, mamita, — preguntó el muchacho que guiaba los bueyes, — seiempre va a salir la mesma

santita de la otra vez?

-Siempresito, pué; mi Señora del Carmen, que

es la patrona grande, i el otro patron mas chicho, que es san Csystano.

-¿I por qué no me ponieron Cayetano a mi?

- Veh! Porque no. ¿Sabis ahora?

Supongo que mis lectores habrán comprendido que los viajeros que vamos scompañando, son nuestros buenos conocidos de Pichinco, que se dirijen a Carmencito para asistir a la solemnísima fiesta del Cármen, que en el presente año, a su fama, como la patronal del pueblo, añadirá la de que será en alto grado patriótica i tendrá por objeto implorar la proteccion de la Vírjen para las armas chilenas.

Il qué de afanes i sudores costaban ya al señor cura i a don Bernabé, el maestro de escuela, los preparativos para el 161 |Qué derroche de buen gusto i elegancia habia hecho misia Antuquita para el aderezo de las imájenes que habian de galir en procesion! I hasta doña Lastenia, la preceptora, habia agotado sus no mui vastos conccimientos musicales enseñando a sus alumnas un himno a la Virjen, letra de don Bernabé i música de uncs cuantos. Pero en fin, se esperaba que la fiesta saldria en regla, como decia el educacionista, i que hasta los periódices de Chillan le dedicarian algun parrafito tomado de una carta que oportunamente les seria enviada, lo cual haria reventar de gozo a los habitantes de Carmencito i de envidia a los de los pueblos comarcanos.

De mas estará decir que en los dos dias que precedieron al de las celebraciones, afluyó al lugar tal
número de personas de todas las clases, pues las
habia tambien de las mas encopetadas, que gastaban zapatos de tienda i vestidos con cintas, que se
agotaron las camas, i dueños de casa hubo que harto hubieron de pensar para distribuir tres o cuatro
lechos entre doble número de individuos de los mas
variados sexos, estados i circunstancias.

No pasó igual cosa a ña Basilia, que ni ella ni los suyos eran mui exijientes en materia de muebles i viviendas, ni habia motivos para afanarse por ello, porque como decia con sobrada esperiencia:

-¡Aqui es onde yo quiero ver a las comaires!

I ya sabemos que las tenia sin cuento.

No detallaremos la instalacion de la interesante familia en casa de una de esas envidiables comadres; basta i sobra con saber que la cocina, el gallinero i hasta las vigas fueron disputadas como dormitorios i que por providencial permision, donde solo una cabia, se instalaban tres i aun holgados. Que pasó la noche i amaneció un nuevo dia, cosas son que fácilmente se comprenden; pero, no así el que los primeros destellos de la aurora hallaran ya a no pocos fieles aguardando en la plaza el advenimiento del sacristan Juan Veinte, que les abriria

las puertas del sagrado recinto.

I la verdad es que la iglesia valia la pena de verse; desde la desmayada torrecilla, en cada una de cuyas cuatro ventanas asomaba una bandera, hasta la nerviosa reja del comulgatorio, do quiera se fijasan los ojos, solo veian los colores del pabellon nacional; los altares eran bosques de rosas szules como el firmamento, clav-les mas verdes que las ondas del océano, e interminables varas de azucenas que amenazaban llevar hasta el cielo el perfume de su inocencia. San José tenia un vestido nuevo de brocado, i la Virjen del Rosario, unos zapatitos rojos, que ivaya si le centaban! Pero todas estas galas ps. recian mezquinas cuando se fijaba la atencion en la imajen de Nuestra Señora del Carmen, colocada sobre el anda a la derecha del altar mayor: vestia iúnica de cachemira i un manto del mismo jenero, al cual se habian adherido un cúmulo de antiquisimos adornos que desde época inmemorial se venian sucediendo de manto en manto; cubria su cabeza larga i rizada cabellera castaña, simétricamente esparcida sobre la espalda; con una mano sostenia al Nifio, reclinado en su seno, i con la otra mostraba un escapulario. A cada lado del anda te alzaban pabellones de armas formados por fusiles de chiepa

TARRAT WORK. A

a la parte de adelante se cruzaban cuatro banderas ensartadas en lanzas, al pié cinco tambores i tres cornetas; en cada esquina dos trabucos i hacia atras un ramillete de espadas i bayonetas; i no se pusieron mas armas porque no se hallaron. El aspecto jeneral de la imajen, rodeada de todo ese aparato, era casi aterrador.

No es, pues, estraño que al penetrar en el templo na Basilia i su comitiva, los cinco abrieran la boca en señal del mas desmedido asombro i se quedaran sin saber qué hacerse i como aleiades, si bien es cierto que algo influiria tambien en ello el hecho de no haber visitado aquel recinto sino en mui señaladas ocasiones. Sea lo que fuere, es le cierto que Patin llegó a esperimentar sensaciones estrañas, i como él mismo refirió despues, sintió «que se le erizaba el cuerpo» al reparar en el lujo bélico desplegado al rededor de la Vírjen.

Mas lijero de lo que se esperaba se llenó la iglesia i buen trecho de la calle, i aunque no con tanta rapidez, salió por fin el señor cura precedido de Juan Veinte i comenzó la misa. Mujeres i hombres se arrodillaron, murmurando sus oraciones, i cuando menos se esperaba desprendióse del coro un raudal de sonidos imitando música con mui mal éxito: todos levantaron la cabeza en demanda del orijen de tan inesperado aluvion, i joh sorpresal era la Damianita Jarabrán que arrancaba los últimos

aullidos a la piana de su abuelo.

Aquello era réjio, no tenia parecido, rayaba en lo sublime. Otros años ocuparon ese coro el arpa i la vihuela, pero ahora era una piana i tocaba en ella Damianita, la hermosa carmencitana, de arreboladas mejillas, enroscadas patillitas i anchas ojeras de carbon.

Mas la impresion producida por la música se borró mui pronto; las ceremonias del culto, eran flamante novedad para muchos montañeses, i, por lo
tanto, cada objeto, cada acto, cada movimiento,
cfrecia campo a su ávida curiosidad. De rodillas i

con las manos cruzadas sobre el pecho, miraba Jacinto el altar devorándolo con los ejos, i a su lado
estaba Zacarias, que sin duda no sabia que pensar
de todo aquello. Junto a su madre estaba Patin, que,
con sus grandes ejos negros fijos en el sacerdote, se
imajinaba soñar cuanto pasaba, i repetia por centésima vez el Padrenuestro; i, por fin, la misma ña
Basilia i la Feli, quienes al terminar la misa, se
hallaban tan enredadas en los mantos, que la una
temió ahorcarse i la otra quedar sin piés.

I héteme aqui que apenas el señor cura sbandonó el altar, empiezan a alejarse los concurrentes i quieren los de atras llegar hasta el anda i salir a toda costa los de adelante, i hubiera sido sin segundo la confusion, si no hubiese aparecido en el presbiterio el buen sacerdote, quien procedió a or-

ganizar la procesion.

Salió, ante todo, una cruz alta, que no lo era; luego despues San Cayetano, i por fin la Virjen del Carmen; en cuanto a alumbrantes, no se pudo obtener muchos por ser las velas un tanto escasas.

Al llegar a la puerta se detuvo la última anda, i una mujer instaló en las esquinas anteriores dos seres estraños, cuya aparicion produjo un murmullo de asombro jeneral: a ratos parecían nifiitae i a veces cualquiera otra cosa; su rostro aparecía absolutamente negro entre las gasas blancas que lo rodeaban, i de los hombros se desprendian dos grandes trozos de carton plateado, que pudieran mui bien ser alas, mas no lo parecian.

- Buen dar con las moscas en leche!-esclamó

Zacarias.

—¡Tate callao, brutol—le repuso Felicia, pellize cándolo en el brazo.—¿Que no vis que son ánjeles?

—Vé que van a ser tan fieros. ¡Bahl ni yo, pues. La procesion se puso en marcha por el centro de la calle, estrechada por la multitud, que pisándose i estrujándose, trataba de pegarse a las andas. Las personas de categoría que al principio habian permanecido a cierta distancia, se mezclaron pronto

con la masa del pueblo, i eran las niñas decentes las que lanzaban mas fuertes chillides cada vez que se velan detenidas por algun improdente que se subia sobre su cola, o cuando la prezion de los lados ponia en peligro la estructura de sus ampulosas crinolinas. Hasta misiá Dionisia, la esposa del subdelegado, señora de algunos metros de diámetro, se habia aventurado con temeraria imprudencia, i por alli rodaba jadeante sin rumbo fijo.

Los hombres aprovechaban la situación, i a fuerza de vaivenes se habian hecho colocar donde les convenia; así ayudaban a las chicas en los aprietos mayúsculos i salvavan a la mamá de una sofo-

cacion.

las espaldas de sus colaterales i a ratos perdidos las andas. La pretina de su vestido había ya dejado de ser, i como no había tiempo para sujetarlo, i era bueno pensar en el porvenir, lo levantó con sin igual ajilidad, i quitándoselo, continuó mui contenta, no sin notar que sus enaguas eran mucho mas elegantes i de mejor efecto. Patin gozaba como nadie: ni siquiera tenia el trabajo de andar, pues lo llevaban suspendido en el aire, i aunque temia salir mas fiaco de lo que entrara, tan inusitado medio de viajar era interesante. En cuanto a Zacarias i Felicia, no hai qué decir, que no lo pasaban tan mal, por mas que Basilia los llevaba «a la mano».

Mas el anda de la Virjen del Carmen se detuvo por fin, frente a un tablado puesto en el centro de la plaza, i subieron a él por una menguada i temblorosa escala no menos de veinte muchachas vestidas de blanco con cintas tricolores; siguiólas doña Lastenia i las hizo formar en semicirculo, luego les distribuyó unos papeles i a una señal rompieron con el himno ya nombrado, fruto de las copias de

don Bernabé.

Luego que hubo terminado el canto, ascandió al tablado el señor curs, i cantiguándose, dió principio a un cermon: se ahogaron las risas, fuéronse apagando los murmullos, i la voz del orador, que se perdiera en el espacio durante el exordio, fué aumentando poco a poco hasta llegar a ser oida de la

mayor parte del conourso.

Empezó diciendo que todos tenian obligacion de pelear por en patriz i que, al hacerlo, defendian tambien a su familia, espuesta a sufrir todos los horrores de una invasion estranjers; habló luego de los multiples favores que Dios dispensaba al ejército chileno por mediacion de su patrona jurada, Nuestra Señora del Carmen; pero agregó que, a fin de impedir el que cesara esta protección, era necetario hacerse dignos de ella observando todos una conducta de verdaderos cristianos; que no bebiesen, que no faltazen jamas a sus deberes; que enseñasen a rezer a sus hijos i, sobre todo, que frecuentasen la iglecia i se confesaran, isidouod sebna y obia pad

-; Ai!-esclamó aquel hombre tan sencillo i tan noble, ya profundamente enternecido-jqué triste es para el pobre cura ver que están llenus los despachos i solita su iglesia! qué pena le da cuando se vuelve a bendecir a sus hijos i no halla ninguno

que reciba aquella bendicion! an o o les meres ar l

Algunas mujeres dejaron escapar sollozos i sus-

piros, a sinted at trovad die i otasque die etedano —I ¿qué le diré yo a Nuestro Señor,—siguió diciendo con la voz trémula i los ojos anegados en llanto, -qué le diré cuando me pregunte por vuestras almas? Yo, Señor, las Ilamé, pero nadie me quiso oir, i por eso vengo solo, completamente solo; pero, castigame Dios mio, castigame porque yo no supe ilamarlos con buen mode.

I no pudo continuar; los lioriqueos subieron de punto, i él mismo se vió obligado a enjugarse las lagrimas. Por fin, se sereno i concluyó exhortandoles de nuevo a mejorar de vida, i manifestando su confianza de que en adelante todo cambiaria i asi podrian llegar a gozar de la eterna bienaventu-

LUDSOLLE MAR BALCOM ON WOLDING BALO & MANOPHRON

No bien hubo terminado el sermon i descendido

el orador, le sucedió en el tabladillo el maestro de escuela don Bernabé Conejeros que, a ruego de la autoridad civil, debia dirijir al pueblo una perora cion patriótica Treinta dias con sus noches le costaba la confeccion, como el decia, de su discurso i no habian sido sus menores afanes el aprendizaje, los ensayos con declamacion i, por fin, el tener que vestirse una levita que desde quince años atras dormia entre polillas en las profundidades del bault anortso os sh notosibam roo omalida o

Bien puede comprenderse cuál seria su turbacion i su alegria al verse, por fin, dominanda al concurto en aquel tablado que para el era un trono.

-«Señores, -dijo haciendo tal inclinacion que por poco no cae sobre el público: -todos los grandes hombres han sido patriotas, i todos los patriotas han sido grandes hombres; he ahi el principio de rejeneracion social que yo quisiera embutiros para que nunca lo olvidaseis, para que fuese siempre el májico alentador de nuestra existencia. Porque jah señores! la patria es lo mas grande entre las cosas grandes, es el sublime i puro ideal de los que viven i mueren, es lo que hace palpitar con mas violencia los corazones amantes, lo que nos lleva hasta el combate sin espanto i sin pavor; la patria es, por fin, lo que nos mata al sentir en nuestro ser el salvaje estampido de una bala. Mant sovai mos obusis

- Bravol gritaron todos miéntras don Bernabé observaba no sin sobresalto que empezaban a caer algunos goteroness, olos ognev ose tog i nio ostop

I prosignió con mucha seriedad:

-Yo quiero mostraros ejemplos bien grandes de hombres patriotas, i abro la historia de nuestro Chile, i ¿qué veo? O'Higgine, Carrera, Freire, Bollvar, San Martin, Manuel Rodriguez i Colon; i por fin, en nuestros dias, en la horrible guerra que tenemos trabada, Prat i Condell, Serrano i R quelme, Aldea i Videla, Orella i Mutilla, la Esmeralda i la Covadonga i otra porcion de hombres tan grances que el universo entero nadie los alcanza.

Pero he aqu', que mientras l'ablaba la lluvia habia aumentad, i al pronunciar as últimas palabras arreció de tal modo que la jente empezó a moverse i a gritar; echáronse los mantos a la cabeza; don Bernabé l'ajó a salvar su levita; San Cayetano i la Vírjen corrieron hácia la igleria, i hasta los ánjeles se echaron a llorar.

Asi terminaron las mui solemnisimas fiestas con que la aldea de Carmencito celebró a su patrona el ¿ fio 1879.

### IV

#### LA FERIA

Cuadro vastisimo de innumerables i curiosos detalles, colmenar bumano ajitado i bullicioso, desordenada escena cuya belleza i colorido local se sienten pero dificilmente se espresan, es la feria que cada sabado tiene lugar en la ciudad de Chillan, segun costumbre de remote orijen, i que nada ha sido bastante para hacer olvidar.

Conservada con el esmero i cuidado con que se guardan los monumentos, la feria ha llegado a ser una verdadera institucion, pudiendo decirse que satisface una necesidad social, i se halla tan ligada a las costumbres populares, que seria tarea por demas dificultosa la de hacerla abandonar i relegar al olvido a que han ido a parar tantos i tantos bábitos, que no por ser viejos dejaron de ser buenos.

La época del año en que la feria es un espectáculo interesantisimo i digno de estudio es, sin duda,
en la primavera, en aquellos dias llenos de luz i
renaciente vida, que poce a poco surjen de entre
las brumas del invierno, i en que el hombre con la
naturaleza toda siente renacer sus fuerzas i sus an-

helos; rie, se inunda de aromas i armonias i olvida los rigores de la estacion pasada; dias, en fin, en que el universo se abre como un capullo de rosa para recibir de su Creador un nuevo impulso de vida no menos poderoso que aquel que lo sacó del caos i la nada.

I como tornan al bosque las aves que de él huyeron con los primeros hielos del invierno, vuelven a Chillan los montañeses portadores de los preductos de su rudimentaria industria i las primicias de la tierra, apenas los caminos se hacen transitables i

mengua el caudal de arroyos i rios.

Frente a la desmantelada iglesia de la Merced, hai una plaza de dilatada estension i libre de plantaciones i veredas que impidan en ella el acceso de los vehículos a cualquiera de sus puntos, i que sirve de local a la feria, improvisada allí cada sábado, debiéramos decir, ateniéndonos a lo desguarnecido, polvoroso i descuidado del sitio, que al ménos así se hallaba cuando tuvimos ocasion de visitarlo.

Aqui volvemos a encontrar a principios del mes de noviembre a nuestros conocidos de Pichinco, que acuden a la feria, despues de prepararse convenientemente durante mas de dos semanas. Antes de amanecer llegó a Chillan, entre otras muchas, una carreta que conducia a na Basilia i Felicia, seguidas de Zacarias i Jacinto que, como de costumbre, viajaban a caballo. A la indecisa claridad de las estrellas buscaron el local mas apropiado i en él se instalaron, comenzando por desuncir los bueyes, que Zacarias debia llevar a una quinta de las cercanias. No habia trascurrido largo rato, cuando ya se vieron completamente rodeadas por carretas, mesas, mostradores i todo jénero de elementos destinados a improvisar una tienda. Entablóse entre unas i otras mujeres, mientras ordenaban sus mercancias, la mas animada conversacion, i a medida que avanzaba el tiempo, orecia la luz i llegaban nuevas carretas, era mayor el movimiento, la estrechez i el bullicio de la charla.

—¡Dios me la guarde, ña Basilia! —dijo a ésta una mujer que ponia en órden unas cuantas mesas i veladores.

—I a usted tamien, señorita. ¿Qué es de su vida?

—Ei la vamos parando. ¿Qué es lo que trae hoi? Parece que anda bien aperaa.

-De teo un peco, i le que se puede con el favor

de Dios.

—Yo treida estas mesitas porque en vez pasas me dijo un gringo que me las iba a mercar las tres.

-No se meta con esos, ña Pepita, mire que tie-

nen muchas sgelias.

-I a mi ¿qué?

—Aci es temien: que la que se le va a ucted se le va rabona. Yo treigo poca cosa; unos miñaquitos que hizo ésta,—i señaló a Felicia, i unas cucharitas mui bien hechitas, de una pura pieza; estos chuiquitos de anchi son de una comaire.

Los chuiquitos eran unas cuantas vasijas pequeñas de barro lienas de anchi, harina fabricada con los granos de trigo cuando ya empieza a nacer el tallo.

-Mire, inora, no recule tanto su carreta, que no

tengo por onde darme vuelta.

—Cada una con sus uñas, hijita.

— Sabis cuánto p de ese cristiano por la anega de porotos? Cinco pesos.

- Jesus, por Dios! Estará creyendo que somos

forasteras.

—Aqui tiene, mi señorita, mote de mei pa la comia,

-; Virjen! si esta mas negro que usted.

Ya empezaban a invadir la plaza una multitud de compradores: sirvientes, negociantes, dueños de casa i hasta simples curiosos a quienes lo apacible de la mañana convidaba a abandonar el lecho mui de madrugada, pues aún no eran las seis.

Imposible es dar una idea siquiera de la variedad de los objetos espuestos en este vasto local, pues para ello habriamos de enumerar cuanto produce la fertilisima provincia de que Chillan es capital, i todavia la enumeracion resultaria mas araucana que castellana, como podrá ver el lector por algu-

nas palabras que al paso apuntaremos.

Mas ya que tratar de internarse en el bosque de carretas, cajones, canastos i personas que llena la plaza es empresa que solo se acomete cuando la necesidad de comprar algo lo hace inevitable, daremos al menos una vuelta al circuito procurando retener lo que a nuestro paso logremos ver u oir.

—Miñaques finos, señoritas, miñaques finos pa la ropa ¿quiere mercarme? —gritaba ha Basilia mostrando dos pedazos de carton, al rededor de los cuales estaban arrollados los miñaques o encajes de

hilo, especialidad en las chillanejas.

-; A las ricas papas achiras! ¿Quién me compra?

¿quién me compra?

-¡Aqui están las empanadas del Macheteao ¡Calientitas, picantes i buenas!

-¿No lleva las ollitas curaas? Dos no mas que

quean.

—¡Al chocolatel ¡al chocolatel pasar a sentarse; a cinco la tazal—decia una vieja batiendo el espumo-

so liquido con todas sus fuerzas.

La instalacion de esta checolatera era sin duda la mas notable, como quiera que allí al menos habia una carpa o cosa parecida que daba sombra suna mesa cubierta de un mantel mui blanco i provista de dos largas bancas; hacia un lado la patrona calentaba los ingredientes en un brasero. I era de ver cómo se disputaban patricios i plebeyos los puestos en las bancas i con qué delicia sorbian el chocolate, por mas que algunos melindrosos asegurasen ser aquello ladrillo pulverizado, mas que otra cosa.

—Aqui le tengo las mesitas que me encargó, patron,—decia la vecina de ña Basilia a un individuo decentemente vestido i al parecer ingles.

—¿I cuanto es que hai que pagar por ellas?

-Estas valen diez pesos cada una; pero por ser a usted se las dejo en veinte las tres. — Jesus, Maria i José! eso si que es robar, — dijo

Basilia per lo bajo.

El comprador miró detenidamente las mesas, se apoyó con fuerza en una de ellas para comprobar su resistencia, i pasó el dedo por la cubierta, porque la pintura parecia aun fresca.

Eso el que nó, porque soi capaz de subirme encima i zapatear tambien, i la mesa se queda como si tal cosa,—dijo la vendedora con mucho entu-

siasmo.

- Oh! si, pero ser mui malamente pintadas.

— Meh! plas cosas suyas! di onde quiere hallar mejor? Sépase que es pintura de tarro i de lo mas regüeno.

—Digame, ¿no poder dármelas usted por quince

pesos? MEFO

—Nó, señor, no se puede. ¡Si están tan malos los tiempos con las nevazones tan grandes, que no hai ni onde querse muertas! i contimás que cuando una tiene tanto chicuelo tiene que sacar algo de su trabajito...

-Ohl bueno, bueno, hablarme nada mas i pa-

garé veinte pesos.

-Liévelas, pues, señor, que casi regaláss se las

doi, e hizo bien de no esperdiciar esta ocasion.

Pagó el ingles los veinte pesos, hizo colocar las mesas en un carreton i se alejó, mientras Pepa decia a ña Basilia:

-¿No ve como me fué bien?

-¿I cómo tiene valor pa robar asi? ¡Por Dios!

-Así es el negocio, hijita.

-; Alverjas nuevas! ¡porotos caballeros!

-¿A cómo el decálitro?

—A sesents, eñorita.

—Jesús, qué carerol

-¿No quiere comerse una empanadita, mi alma?

-Calla ese hocico, chinchoso.

—¿Cómo te va, Manuela?—preguntó una señora vestida de negro i que iba seguida de una coleccion de niños de ámbos sexos, a otra que venia en direccion opuesta i llevaba una comitiva semejante.

has puestol ¿Cómo les va, hijitos?

—I ¿cómo está Manuel?

-Bueno, gracias; ¿i por tu casa?

—No hai novedad, gracias. ¡Quitate Lucho, que te patea el buei! ¡Jesús qué niños!—esclamó la señora Adriana aplicando un correctivo en el brazo a uno de los suyos.

-I ¿qué sabes de nuevo?

- —¡Anda niñs, que me ha llegado a dar vergüenza lo que acabo de ver! Figurate que encontré a ese jovencito de Santiago, que nos presentaron anoche, mui del brazo con una rucia así... ya sabes tú ya... de mala traza.
- -No te digo? Si no se puede una fiar de estos mocosos.
- —Es seguro que se ha arrancado con ella. En fin, hija, vale mas no hablar. ¡Pobre jóven!

-Así es, ¡quién sabe si ella es una pilla!

-; Ah! a propósito. Ahi viene don Julian, que

ha estado en Santiago i conoce a estos pájaros.

Acercóse don Julian i saludó a las señoras. Pasadas las preguntas de estilo, dijo doña Adriana con mucho interes i misterio:

—Digame, ¿quién es una mujer mui arreglada

con quien anda ese mocito de Santiago?

—¿Una alta, rubia, ojos azules, buena moza?

—Si, si, la misma.

= Ah! ya sé, es su hermana Maria.

—Se conoce, porque son mui parecidos, esclama-

ron las damas, i se quedaron tan frescas.

—¿No merca los minaques, mi señorita?—dijo Basilia a una señora que pasaba por delante de ella.

—¿A cómo la pieza?
—A peso, mi señorita.

-No, no; si quiere ochenta, le compro.

—No se puee, señorita.

-Entónces nó.

das les nagues con estos minaques.

-Ya le digo que nó, -repitió la seño Ma

-¡Eh! ricas...

I fia Basilia lanzó una esclamacion un poco

enérjica.

Poco a poco fué Basilia desprendiéndose de sus diversos artículos, i apenas le quedaban algunas cucharas de madera, cuando se presentó Jacinto i les avisó que ya era llegada la hora de retirarse de la plaza. Contó al mismo tiempo que habia logrado vender en les corrales un novillo que al efecto habia traido, i sñadió al oido de su mujer.

-Me dieron treinta por él.

-Bueno, i yo tengo aqui como unos diez mas.

- Cállate la hooa, que te estan oyendo.

- 31 Zucaries? - preguntó Felicia.

—No sé,—dijo Jacinto,—bará como una media hora cortó pa la plaza de Armas; quizá se habrá eido ya pa la posas.

- I no le dijo a onde iba?

-No me dijo na.

- —; Virjen Santisima!—esclamó asustada la muchachs;—habian de haberlo tomedo las comisiones.
  - —¿Las comisiones? ¿Qué contiene eso? —Onde los llevan pa la guerra, mamita.

\_\_ |Avemarial |esa si que fueral

—Déjense de lesurse,—dijo Jacinto,—si ha de haber ido a comprar un arado.

-I cómo se dilata tanto...

-Estará por ei.

-Nó, taitita por Diost vamos a buscarlo; será mejor pa salir de ouidao.

-Vamos pues; arrollar too, i andando.

-¿I los bueyes?

-Pidelos a mi mairina Peta, que esta alli.

Jacinto espuso el caso a la madrina de su mujer, i ésta le prestó su pareja; luego recojieron a toda prisa cuanto habian traido i tomaron el camino de la posada.

Allí indagaron i supieron que Zacarias no habia estado en aquel sitio, visto lo cual, i con no poco sobresalto los viejos, i casi llorando Felicia, siguieron hácia la plaza de armas. Buscaron en todos los despachos, almacenes i casas de los amigos, i todo fué inútil: en ninguna parte se habia vieto a Zacarias.

Por fin, ya mui inquietos iban a dirijirse como ultimo recurso a un modino, cuando quiso la suerte que hallaran a un paisano, a quien, despues de saludarlo, preguntó Jacinto:

-¿Habis vieto a Zacarias?

—¿A Zacarias? Como nó. Pa el cuartel lo lleva-

ban los comisionados.

—¡Ai, por Dios! ¡Madre mia del Carmen, ampara a ese pobrecito!—gritaron Jacinto, Basilia i Felicia, ésta última llorando desesperadamente.

-Vamos al cuartel lijerito. Puede ser que no sea

cierto.

-¡Cállate, chiquilla, qué diran los que te ven!

avisaba... No le decia yo? Si el corazon me

I los tres corrieron en dirección al cuartel. Al doblar una esquina vieron a pocas cuadras mas adolante que dos soldados armados conducian de los brazos a Zacarias, mientras un tercero llevaba su caballo de las riendas.

-¡Ahi va!-gritaron los tres infelices, i echaron a correr sin atender a nada i en el colmo de la deses-

peracion.

Mas, jail cuando ya creian darle alcance, el grupo de los soldados entró en el cuartel, sin que Zacarias mostrase oir los gritos lastimeros de Felicia

que lo llamaban sin cesar.

Detuviéronse por fin a la puerta del cuartel, i cuando, sollozando i rendidas de fatiga, iban a penetrar en él, el centinela les dió un grito de l'Atras! que dejó heladas a las dos mujeres, mas no así a Jacinto que, cojiéndolas de los brazos, entró resueltamente, sin hacer caso del soldado que le gritaba:

-; Alto ahi! ¡Párese paisano!

I aun les hubiera impedido por la fuersa la entrada, a no entrarse los tres con suma rapidez por la primera puerta que hallaron abierta.

Hallaronse entónces en una pieza no mui grande i en la que, sentado a una mesa cubierta de papeles i libros, estaba escribiendo un oficial, i delante de él Zacarias i sus dos guardianes. Cuando entraron Jacinto i sus compañeras, el oficial levantó la cabeza i, sorprendido, preguntó en tono mui aspero:

-¿Qué buscan aqui?

—¡Zacarias!—gritó Felicia fuera de sí i sin atender al oficial.

-; Feli! ¿Qué esto? ¿Qué venis a hacer aquí?

—A buscarte a ti,—repuso Basilia con vehemencia.

Porque tú te arrancaste,—agregó Felicia entre

sollozos.

- —¿Qué significa esto?—dijo entónces airado el oficial, i lugo dirijiéndose a un soldado:—Inmediatamente que echen a palos a estos insolentes. ¿Hase visto desvergüenza?
- Adios, adios gritaron Jacinto i las dos mujeres echándose en brazos de Zacarias.
- —¡Adios!—respondió éste,—¡adios! que hemos de volver a vernos. Mira Feli, yo no me entregué, fué que me agarraron.

-Protéjelo, Madre mia del Carmen!-esclamó

Felicia.

I el soldado los arrojó a empujones de la habitacion, al mismo tiempo que Zacarias, ciego de la ira al ver maltratados a aquellos seres tan caros para él, se lanzó sobre el soldado i de una puñada lo arrojó al suelo. Al ruido de la contienda acudieron guardias i cojiendo entre varios a Zacarias, lo condujeron al calabozo, no sin que antes sintieran los mas atrevidos sobre sus cuerpos el peso de los pufios del montañes.

En la mañana del siguiente dia, marchaba por el camino que conduce a la montaña una carreta, en la que iban dos mujeres envueltas hasta la cabeza en sus pañolones; de cuando en cuando se exhalaban de su pecho hondos suspiros, i la mas jóven de ellas, que apoyaba su cabeza en el seno de su compañera, rompia a ratos en tan amargo llanto, que no parecia sino que en cada sollozo se le espapaba el alma.

Era Felicia, la desdichada novia, que veia alejarse con Zacarias sus proyectos de dicha, sus mas dulces ilusiones i mas caros ensueños.

adam man all'ineti dell'el-ell è direnti

### AGUARDANDO

等可靠现在,在对的对对对自己的是有关的一一。他们的他,这是不是他,他们的是这个,但是他们的自己

¡Pobre Felicia! Nada en el mundo le parecia comparable a su desventura; en un instante habia visto desplomarse sus castillos, disiparse como la niebla sus ilusiones i aparecer ante ella la realidad fria, insensible i desconsoladora. I como quedan presentes a la memoria los fantasmas que contemplamos en el sueño, así vagaba ante sus ojos la imájen de Zacarias, i cuando, sentada a la puerta de su humilde habitacion, seguia con los ojos su labor mientras deleitaba el alma con los recuerdos del bien perdido, pareciale un delirio su desdicha; cia sus pasos i su voz, mas al alzar la vista tan solo hallaba en torno suyo soledad i silencio.

Corrian en tanto los dias i los meses; a la primavera sucedió el estio; las espigas como nunca lozanas, presajiaban al labrador abundosa cosecha; doblábanse las ramas al peso de los frutos; la siempreviva ornaba los prados con sus humildes florecillas azules, i resonaba en los bosques el armonioso e incesante cantar de las ayes.

Si Felicia hubiera devorado sus lágrimas en el ocio solitario, la zozobra en que vivia, creyendo espuesta a grave peligro la vida del que debia ser su esposo, conoluyera talvez con su existencia. Mas érale necesario trabajar, unirse a sus compañeras, fijar la atencion en objetos bien diversos del que tan cruelmente oscurecia sus dias, i como pasa todo, pasó tambien la exaltacion primera de su dolor, dejando allá en el fondo de su corazon, una gota de hiel que no se estinguiria mientras no viese de nuevo a su lado a Zacarias.

De éste solo se sabia que el batallon de que formaba parte se habia embarcado con rumbo al norte i se ballaba probablemente en tierra peruana.

—Si al menos supiera escribir, pensaba Felicia, podria darnos de tarde en tarde alguna noticia suya

que calmara mi inquietud.

Pero sabia bien que Zacarias ni siquiera habia tenido intenciones de conocer las letras.

—Pero si lo desease, proseguia cavilando la jóven, tal vez un camarada no se negara a escribirle una carta; si bien con los azares de la guerra puede

ser ello poco menos que imposible.

¡Quién sabel tanto muda a los hombres el tiempo i la distancia, que en sus conjeturas muchas veces llegaba a creer Felicia, que en la mente del militar habíase ya borrado la imájen que existia en la del labrador montañas; mas en cada ocasion que ese temor la asaltaba, preferia cambiar el rumbo de sus pensamientos i soñaba con la próxima vuelta de Zacarias, su gozo al verle, la union eterna, i gustaba de antemano todas esas gratisimas impresiones, cual si reales fueran i no vanas e ilusorias las ardorosas creaciones de su deseo.

-Mañungo le ha mandado una carta a su mami-

ta, —dijo un dia Basilia al volver del trabajo.
—dI que dice? —preguató ansiosa Felicia.

—Dice que han passo muchas pellejerias i que la vida del militar es mui aperreaa, pero que todavia no se han topao con los cholos.

—¿I no dice naa de Zacarias?

-Ni palabra.

—¿Así es que no sabimos si es muerto o vivo? —Mientras otra cosa no disponga su Devina Majestá.

—I en la carta ¿no sale nas de cuándo será la

vuelta?

-Claro que no los habimos de ver hasta que no

se agarren con los cholos.

La conversacion no era grata, i ámbas callaron. La esperanza de Felicia se hacia cada vez mas i mas incierta: preciso era aguardar a que se verificase una batalla: solo despues de la prueba le teria permitido ver a su novio, si siéndole propicio el cielo, no moria en tierra estranjera, donde ni aun le restaria el triste consuelo de que una mano solícita cerrase

sue oins i regase con lagrimas su tumba.

A Felicle, como a toda muchacha agraciada, no faltaban pretendientes, i cuantos, amedrentados por la presencia de Zacarias, se habian guardado bien de decirle una palabra mas de las precisas, probaban en su ausencia la fidelidad de la jóven. Los mas audaces que con rendidos ofrecimientos le hicieron el amor, obtuvieron por todo resultado una amenaza o un humillante desprecio, capaces de escarmentar a cualquiera i suficientes para ahuyentar a todos.

El mas respetuoso con Zacarias i tenaz ahora en cortejar a su prometida, era Puy, jóven, segun la espresion de los viejos de Pichinco, indigno del nombre de montañes por su cobardia i ademanes mujeriles Desde que se hablaba de la guerra, Prudencio no habia puesto un pié fuera de la montaña; este hecho mostraba claro la nequeñez de su ánimo.

En mas de una ocasion, Felicia habia dado golpes de muerte a las esperanzas amoresas del pobre mozo que con tal presteza se amartelaba; pero, como las fuerzas del héroe mitolójico, alzábanse ellas cada

vez mayores i mas atravidas.

Tanto le hizo el disblo a su hijo que al cabo le sacó un ojo, dijo un dia Falicia en respuesta a los rendimientos de Prudencio.

-¿I qué hai con eso? - preguntó él.

—Es que tanto me estas fregando la pita con tus tonteras, que al fin te va a salir chueca.

-¿I de ónde saliste tan guapa ahora?

—Así hai que ser contigo, porque eres perfiado como macho. I ya te he dicho que primero me casaba con un perro que con un marica como tú.

-Por el mucho miedo que te tengo a til

—A mí nó, pero a los hombres sí; i no te hagas

el leso, que bien lo entendis.

Prudencio veia que en este terreno perderia la partida, i abandonaba el campo de batalla para volver a reanudar las hostilidades tan pronto como la suerte i su deseo lo pusiesen en aptitudes para hacerlo.

Así se deslizaba monótona i triste la vida de Felicia, en la actitud resignada del que espera i confía. Jamas descuidaba el cumplimiento de sus deberes, i sobre todo, el que tenia de guardar como preciado tesoro la fé que, mas con el corazon que con los labios, jurara a Zacarias.

I esta melancolia que empezaba a apoderarse de su ánimo que antes rebosaba de alegria, hizose mas marcada cuando, pasados los dias risueños del verano i las mil faenas que la cosecha del trigo i el maiz trae consigo, llegó el otoño con sus vientos i

sus brumas.

Sentada a la puerta del rancho, aguardaba una tarde Felicia el arribo de los suyos, entreteniendo su reposo en arreglar el vestido de uno de sus hermanos. El aspecto de la atmósfera i del paisaje que la rodeaba parecia no ser mas que un reflejo del estado de su ávimo: tarde de un dia de marzo, melancólica i languideciente como ella. El sol, oculto todo el dia tras espesas nubes, no animaba el

firmamento con los purpureos matices que de ordinario acompañan i siguen a su puesta; comenzaban ya las sombras a caer sobre el mundo; de los bosques i el rio se alzaba densa niebla que poco a poco iba envolviendo el valle; la brisa helada sacudia las ramas de los árbolas, arrancándoles sus últimas hojas, arrugadas i amarillas, que arrastraba i reducia a polvo; i repetian los montes los gritos de los animales, tiernos i lastimeros como un adios. La naturaleza yacia sumerjida en una atmósfera nebulosa e indecisa, i cual suele acontecer a los que en dulce calma se adormecen, borrábanse i se confundian las perspectivas, se trocaban en sombras vagas los objetos, i la luz, los sonidos i los seres todos se estinguian como un eco prolongado que va muriendo i se apaga sin que perciban los sentidos el transito del sonido al silencio.

Felicia estaba sola, ni aun los pequeñuelos habian regresado, i en cuanto a sus padres, sabia que les era preciso tardar mas de lo acostumbrado pues

era sabado, "dia de pago".

Como siempre que estaba sola i libre de afanes, su imajinacion volaba hacia los lugares en donde creia lleno de mortales angustias a su prometido.

—¿Qué hará a estas horas? pensaba la muchacha. ¿Tendrá como aqui un ranchito i en él lo esperará una cena? ¿Quién cuidará de su comida? ¿O acaso en estos mismos instantes se muere de hambre i de frío, falto de amigos i de hogar? ¿I por qué se fué?

—I aquí evocaba su memoria los recuerdos de las escenas violentas del dia en que Zacarias fué tomado por las tan tristemente célebres comisiones.

—Dios me la guarde, pedacito de cielo,—dijo una

voz que sacó a Felicia de su abstraccion.

Distraida i con la mirada fija en el espacio, mas no en objeto alguno, no notó la llegada i aproximacion de Prudencio, que fué quien le dirijió el saludo.

-Penando vamos, hijita.

<sup>-¿</sup>Cómo te va?-le dijo por decir algo.

ALLTHOM AL

- —¿Que no te enseñó otra cosa tu maire? Toitas las veces que te veo me salis con la mesma tona.
- —I tú no sabis mas que retarme porque te digo la verdá.
- Yo quisiera saber a cuantas enfelices les habis contac este cuento, i segurito que te lo han creido; pero conmigo no cunde.

-Asi dicen toss pa que las rueguen.

-Es que a mi tampoco me entran los ruegos.

-Entonces ¿seras de otra carne?

-Lo mesmo que toas soi, pero yo no tengo dos caras, i con la que digo si, no pueo decir nó, ¿ves?

—No seas creida, Feli; el otro se fué pa el norte, i pu alla hai mucha jente i es otra cosa.

-Zacarias no es como tú.

-I si acaso se queda pu alla o si (no lo permita

Dios) se muere en la guerre, ¿qué bacias vos?

—¿Si se queda?—dijo Felicia reflexionando, si él se queda yo tambien me quedo soltera por toda la vida.

-Ja, já, já! buena la lesura grandel

-I a vos ¿qué te importa?

—Pero, Feli, por Dios, quedarse soltera cuando tienes este pobrecito, que se lo pasa llorando, de puro querer, i que pone los ojos onde tú pones esas patitas tan chiquititas...

-Mira, Puy, cállate la boca, porque ya te he

dicho qua eso lo decis contra la pura pieira.

-Asi que sea, caramba, i te quiero mucho i remucho.

-I yo te quiero a ti como palo de leña, pa echarte al fuego.

-I yo pa abrazarte, mi alma, cosa linda.

I diciendo i haciendo, Prudencio estiró los brazos i con verdadera ansia i sin que la jóven tuviera tiempo de defenderse, la cojió por la cintura; pero antes de que la hubiera estrechado contra su cuerpo, una mano de Felicia se estrelló firme i vigoresa en las narices del atrevido; se oyó el ladrido de un perro, i uno enorme saltó sobre la espalda de Prudencio, i cojiéndolo por el cuello de la chaqueta lo derribó, arrastrándolo i sacudiéndolo de tal modo que Felicia tuvo tiempo para cojer un garrote i dar con él dos terribles golpes al galan, quien luchando desesperadamente, logró alejarse i huir seguido del parro, mientras Felicia gritaba:

—¡Déjalo, Pastor, déjalo! I otra voz repetia a su lado:

-¡Cómetelo, cómetelo!

-; Patin!—esclamó Felicia, volviéndose sorprendids.

-Aqui estoi,-repuso el muchacho, dando con el pié en el suelo.

-¿Alcanzaste a ver?-preguntó la hermana mui

excitada.

—Si, caramba; porque sei chico le animé el parro, pero si fuera grande, por mi via que lo medio mato a palos.

— Por Dios, Patin, no le digas nan a mi mamital — Claro que nó; pero en de aquí pa adelante yo le he de enseñar al Pastor que onde lo pille, duro con é!.

I al decir esto los labios de Valentin temblaban de coraje. Aquel niño de quince años en quien la voluntad i la nobleza del alma suplian con ventaja a las fuerzas físicas, acababa de salvar a su hermana de la deshonra, arrojando contra Prudencio al Pastor, su fiel compañero, ya que le era imposible castigar con su propia mano aquella osadia.

—Mi mamita!—dijo Felicia viendo a Basilia que

se acercaba.

Valentin salió entónces a buscar el ganado, i su hermana volvió a su ocupacion, ann cuando ya apenas habia luz. Cuando llegó Basilia, la jóven cantaba con mucha indiferencia:

AND THE PROPERTY OF THE PARTY O

Arrastraré estas cadenas tan fuertes, hasta que mi triste vida se acabe.

Sin otros hechos dignos de mencionitrascurrieron para Felicia i los suyos los primeros meses del invierno i, solo allá a principios de junio, vino a turbar los ánimos de los montañeses la noticia de un nuevo combate que, aunque favorable a Chile, dejaba en sus filas numerosos claros.

Cada uno creyó ser su deudo de los infortunados i a pesar del peligroso estado de los caminos i lo inclemente de la estacion, se hicieron frecuentes viajes a Chillan en demanda de datos que aclarasen

la situacion i disipasen la incertidumbre.

Contar la ansiedad horrible en que vivieron desde entónces Jacinto i su familia, fuera repetir ponderado lo que dejamos dicho en las anteriores líneas. Cada uno que volvia de Chillan era objeto de los mas grandes agasajos i atenciones, destinados a hacerle talvez mas grata la narracion de cuanto habia logrado inquirir, verdadero o falso, de regocijo o duelo, interesante o nó. Así llegaron a saber por fin que Zacarias vivin aun, noticia por la cual se encendió mas de una vela ante la imájen de la Vírjen del Cármen, i que fué recibida con tanto alborozo como lo hubiera sido en época no lejana la de que ya no era soldado.

Súpose mas tarde que a la primera batalla habia seguido otra no menos sangrienta, pero en la que no combatió el batallon de Zacarias. Corrieron de boca en boca los nombres de los jefes mas distinguidos; se narraron con puntos i coma mil incidentes a cual mas curioso, i hubo perros que se llama-

ron Piérola i Campero.

Todo ello era, sin embargo, inútil mientras no se ordenara la vuelta del ejército a la patria, i no otra cosa fué lo que les anunció una carta de Mañungo, corresponsal de la Montaña, que decia entre borro-

nes lo siguiente:

«Le diré tambien que van a licenciar; i con el favor de Dios, luego tendré el gran gusto de verla, porque en el primer buque que pase nos vamos a ir yo, el hijo de Villegas i Zacarias.»

-¡A Chillan, a Chillan! esclamaron todor al lle-

gar a esta parte de la epistola.

-Mamita, ya viene!-alcanzó a decir Felicia, ra-

diante de felicidad.

—Bendito sea Dios! quién lo habia de creer!—
repuso Basilia juntando las manos; luego agregó
dirijiéndose a su marido:—Apúrate, Jacinto, miraque hai que salir temprano pa el pueblo.

-¿Ya nos vamos?

-Mañana bien de alba hai que salir.

—¿I si llueve?

-Que llueva, ¿qué me importa a mi?

—Pero es que están los rios mui grandazos. —Déjate de rios i anda a acomodar las cosas.

I cojiendo a Jacinto su mujer i su hija, lo empujaron hacia la puerta sin dejar de repetirle a dúo, que era indispensable partir, «aunque se rajara el

mundo, » como decia Basilia.

A la mañana siguiente i desafiando la fuerte lluvia i aun la nevada que podia sorprenderles en el trayecto, subian la Buitrera unas cuantas carretas i algunos hombres a caballo; eran los deudos de los soldados licenciados, que iban a recibirles en Chillan.

Algunos dias despues, la estacion de los ferrocarriles de esta última ciudad se hallaba completamente invadida por una inmensa multitud que se
agolpaba ansiosa en los andenes, haciendo impotentes los esfuerzos de la policia por impedir que
tomase tambien el espacio que, a juzgar por las
sillas i alfombras en él colocadas, se destinaba a
las autoridades.

Una banda de músicos formada por alumnos del

Liceo, destrozaba algunas piezas, sin conseguir dominar con su estrépito la algazara de las carcajadas, gritos, llamados i saludos. Colgaban del techo, de las puertas, de las ventanas, de las columnas i de todas partes banderas nacionales, i habiase construido a la salida del recinto un arco de arrayan que profundamente inclinado sobre uno de sus soportes, amenazaba ruina; no asi un conjénere suyo erijido en la Plaza de Armas, que recto i gallardo mantenia en su cima a la República Chilena, que sin duda aburrida de esperar, se habia sentado

cómodamente sobre el escudo nacional.

Media hora despues de la anunciada, se divisó, por fin, el tren de los vencedores, i a peco entré en la estacion al mismo tiempo que sonaban los primeros acordes del himno nacional i millares de voces lanzaron un iviva Chilel inmenso i pederoso como aquel pueblo. Precipitáronse todos a los carros, arrastraron a unos, empujaron a etros, i mientras en el anden, se atropellaban buscando i llamando cada uno al suyo, gritaban en los carros para que dejaran pase a les herides en camilla. Descendieron con majestuosa gravedad i perte de vencedores los señores jefes, que fueron recibidos por el intendente; apoderóse cada familia, pobre o rica, del esposo, hijo o hermano que les era devuelto, sano unas veces, i otras herido i moribundo; i hasta Mañungo, el hijo de Villegas, i muchos otros montañeses, osyeron en brazos de sus madres. En tanto Jacinto, Basilia i Felicia, corrian desalados del uno al otro estremo, busoaban i se revolvian en los carros i entre la multitud, i llamaban i preguntaban sin encontrar nada i sin que nadie respondiera. Acercaronse por fin a sus paisanos i con la voz trémula por el cansancio i la emocion gritaron los tres:

-- ¿I Zacarias?

COLD STANDARD TO THE STANDARD STANDARD STANDARD STANDARD STANDARD STANDARD STANDARD

<sup>—¿</sup>Zacarias?—dijo un soldado con mucha calma, Zacarias se quedó en Santiago.

# VI SECOND RESERVED TO THE RESE

CONTRACTOR OF THE PROPERTY OF THE PARTY OF T

HAVE SEED THE COLD SECTION OF THE PARTY OF T

THE THEOTER WAS ALLES WAS A STREET THE COR

A COSE NATIONAL SERVICE STREET, NOTE OF PARTICIPATION OF THE PARTY OF

## UNA CARTA

#### «Mi mas querida mamita:

el gran gusto de saber de Ud. i compaña, i anunciarle mi llegada a este pueblo sin mayor novedad, i decirie que quedo con el pesar de no haber podido seguir pa mi tierra con los otros niños del batallon, porque mi comandante me ha tomado de asistente i no tengo esperanza la que menor, de verla hasta que mi comandante se vaya pa allá.

con bordaos que le sgarré a los cholos, i tamien tengo un reló con cadena de pura plata que relumbra de fino; respeuto a la salú, buena con el favor de Dios: cierto es que no lo pasamos mano sobre mano; pero los que se quejan lo hacen de puro

llenos.

Aquí nos han recibido con muchas fiestas i bolinas: estaba la estacion que no se cabia de jente i las calles toas embanderadas. Pa que le digo na del gustazo que tuvimos cuando nos vimos en tierra de chilenos; en Pichinco hubiera querido estar pa ha-

berla remolido bien i con ganas.

cia motivaa porque a las dos noches de estar aquí nos dieron puerta franca i fuimos a echar un verde con unos paisanos; i fué la cosa de que, cuando estábamos en lo mejor, se armó una pelotera mui grande por una chicuela, i como todos estábamos

medios alegrones, se agarraron a lo que es moquete, i unos que los querian apartar i otros que nó, sacaron cuchillo i se lo metieron por la barriga a un paisano; esto que vi yo i arranqué como pude; llegaron después los pacos i se llevaron presos a una porcion; pero el que está mas amolado es Zacarias, el que se iba a casar con la hija de no Jacinto, porque dicen que fué el que mató al otro i por mas señas que el cuchillo es de él i mui conocido; otros dicen que nó, i que Zacarias se metió en el alboroto na mas que por apartarlos; pero yo no digo palabra porque no me acuerdo de cosa ninguna.

«No le escribo mas por falta de tiempo. Dele muchos abrazos a mi paire, i a mi hermana Dolores, i a mi tía Eleuteria i un recadito mui fino pa la Maximina. Muchas memorias a todos los que pregunten per mí, i a los conocios que se corresponde; i Ud. reciba el afeuto de su hijo que desea verla.

#### "OROSIMBO VAZAUBRE".

—¡Bendito sea Dios! --esclamaron las mujeres que en el rancho de la madre de Orozimbo escuchaban la lectura de la carta, al terminar ésta.

—¡Lo que son las cosas del mundo! ¿Quién lo habia de creer de Zacarias?—dijo una vieja en

tono sentencioso.

-I lo peor es que el cuchillo era el de él,-aña-

dió otra.

—Será todo lo que quieran,—dijo Basilia, que hasta este momento habia permanecido callada i mui pensativa;—pero yo no creo que Zacarias habecho esas cosas malas, i nadie está libre de que le levanten algo.

-Pero ahí está la carta, que lo dice como la

agua.

—No me diga nas. Si yo lo con zco mucho i no es capaz de matar una pulga, porque es lo mesmito que su paire, que Dios tenga en su santa guarda, i en de chico ha tenido buenas entrañas. Con decir-

le que no puede ver sangre porque se le revuelve

el estógamo...

—¡Ai, hijital los que van al norte vuleven otros i mui otros; ahi está Mañungo. que antes era sin hiel, i ahora está camorrista, flojo i anda con un regolve que llega a dar miedo cuando pasa; i el otro dia cuando mi compaire Julian le dijo no sé que cosa, por poco no lo mata de un balazo.

-Esa es la verdá no mas, i ¡qué otra cosa ha de ser ahí onde van todos juntos, buenos i malos, i no tienen quien los ayude i pa recacha los enseñan a

matar cristianos!

—Yo no le digo que nó,—dijo Basilia;—pero cuando una conoce a un hombre, sabe de lo que es capaz i de lo que no es.

—Dios quiera i la Virjen Santisima que asi como

usted dice sea, ña Basilia.

—Dios se la pague la buena intencion, comadrita.

I a poco se disolvió la tertulia, porque cada una de las presentes estaba anciosa por difundir las noticias que acababa de recibir, noticias que, esparcidas como una gota de aceite, serian mui luego conocidas de cuantos habitaban algunas leguas a la redonda.

Relató Basilia a Felicia la tristisima nueva, sin ocultarle ningun detalle, i sin atender a las diversas impresiones que durante el curso de la relacion ibanse reflejando en su rostro, i añadió por último:

—Ahora no hai mas remedio que encomendarlo

a Dios Nuestro Señor.

—¡Solo esto me faltaba!—esclamó la jóven con desconsuelo.

-¿Qué hacerle? Aguantar i no hai mas.

—Por lo poco que he sufrido en todo este tiempo. —Cuando está de Dios que así sea no hai naa

que valga.

—Pero mire, mamita,—dijo Felicia con vehemencia,—Zacarias no ha hecho esas picardias, i ese es un testimonio no mas. —Eso es lo que ye digo, pues hija, i vas a ver como de un repente llega aquí sano i bueno.

—¡Ail diffoil es.
—Pero, apor qué?

—Quién sabe, mamita; pero me da el corazon un

mal pensar.

—¡Qué lesural—dijo Basilia por toda respuesta apartándose de su hija sin poder disimular lo inquieta que la suerte de su futuro yerno la trais,

Si la hubieran diche que su novio habia muerto en el combate, tal vez el infortunio, por lo temido i casi esperado, no la sorprendiera tanto como la aterraba ahora la nueva de su prision, i su complicidad en un crimen. Falta de datos precisos i de nociones ciertas, su mente jiraba en un torbellino de ideas incoherentes i confusas, en el que le era imposible distinguir la luz que su corazon pedia a gritos, para saber si aquel hombre era ya indigno de su cariño o agregaba a su inocencia la aureola de la desgracia; i en su rudeza, no alcanzaba a entender que puede el virtuoso trocarse en malvado i sufrir duro esstigo el inocente. Lucha horrible, superior a las fuerzas de una joven inesperta i candorosa, lucha capaz de agostar la flor de los amores, por mas que la guarden delicados sentimientos; duda mil veces mas amarga que la realidad sombria; dolor de muerte, i muerte de la honra, que hiere en lo intimo del alma con flecha envenenada.

De todo ello no se daba cabal cuenta la enamorada montañesa; pero si hubiese podido alguien
penetrar en los pliegues de su espíritu, en él encontraria oprimidas por basta envoltura grandes
sentimientos e ideas no mezquinas. Todas las criaturas piensan i sienten mucho, mas no todas lo
espresan.

Si, pues, antes del luctuoso acontecimiento comenzaba Felicia a esperimentar un cambio en su carácter, casi trocado ya en melancólico, ocioso es decir que desde el momento en que supo su nueva desgracia fué aumentándose lentamente su tristeza, sin que fueran parte a distraerla los domésticos
quehaceres, la compañia de sus amigas i las consoladoras palabras de todos; manifestaciones que
mas bien la atormentaban obligándola a disimular,
pues el alma de aquella mujer, demasiado grande;
para una montañesa, tenia vergüenza de manifestarse allí donde no habia de ser sino mal comprendida.

Corrian en tanto los pecres dias de un invierno estraordinariamente crudo; cubria la nieve montes i valles, i durante semanas enteras velanse obligados los labradores a permanecer en sus chozas, arrimados al fuego escaso que podian suministrar les raquiticas ramas que robaban a la nevada. Temibles enfermedades hacian estragos en las jentes de los contornos; las inundaciones i derrumbes amenazaban a cada instante la vida de cada monteñes; i dia por dia escaseaban los alimentos, en tal proporcion, que se sentia ya el hambre i todos sus horrores.

En un dia de los mas tristes i desolados, Felicia hubo de quedarse en su misero lecho aquejada de fuertes dolores de cabeza: al dia siguiente el mal progresaba; cuatro dias despues se llamaba a la médica de Pichinco i Felicia yacía tendida en unas mantas, miéntras dolorosa pulmonía devoraba sus órganos vitales.

En tanto, en un calabozo de la Policia de Santiago espiaba su presunto crimen Zacarias. Ya no el
Zacarias alegre, decidor i sencilto que en Pichinco
conocimos, sino un soldado pendiente de la ordenanza, lleno de desconfianza i con pretensiones de
hombre de mundo i esperiencia. Tenian razon las
ancianas montañezas; la vida militar i sobre todo
la que se improvisa, trae consigo graves males orijinados por mui variadas cansas, entre las cuales
no son las menores la confusion de hombres de
todas costumbres i el instinto sanguinario que el

soldado adquiere pronto, i casi diriamos, nece-

Alli estaba el prometido de Felicia, sentado sobre una tarima, los codos apoyados en las redillas i la cabeza entre las manos, quien sabe si tratando de esplicarse su peligrosa situacion o tal vez, recordando pesaroso i hasta arrepentido, su dorado rincon de la Montaña. Mas ¿de qué tenia que arrepentirse? No por su voluntad estaba en el ejército, ni habia cometido mas crimen que haber querido divertirse en una hora de patriótico entusiasmo i haberse interpuesto entre los renidores con la mas sana intencion.—Ahl pensaba Zacarias, sin embargo; esto está mui bueno para mí, pero ¿qué le habrán dicho a Felicia, a Basilia i Jacinto? Ellos no saben que el cuchillo con que dieron muerte a la infeliz víctima me fué arrebatado en medio de la riña; creeran sin duda que soi asesino, que soi un hombre malo, digno de desprecio i condenacion; quién sabe si me lloran ya muerto en el patibule. I ¿qué hacer? Ya todos los compañeros se han ido a sus hogares, no hai quien pueda hacerme una carta i es ademas imposible que lleguen a mi poder las que de allá me escriban. I acosado por las cavilaciones, cercano ya a la desesperacion, detúvose Zacarias en el punto mismo en que Felicia lo hiciera:

—Hagase la voluntad de Dios.

#### VII

#### CONCLUSION

Tendida sobre la desnuda tarima que ya conocemos, estaba Felicia, cubierta la cabeza por un mugriento pañuelo de colores, amarillento el rostro, hundidas las pupilas, enjutas las mejillas, vaga e indecisa la mirada. Apoyaba su cabeza en una almohada dura i compacta que ningun descanso le ofrecis, i su cuerpo, que las dolencias físicas i morsles habian aniquilado, se diseñaba ríjido e inmóvil bajo las viejas mantes i frazadas que lo cubrian. Era su respiracion dificultosa i de su pecho se escapaban sordos rumores i quejidos débiles i apagados que parecian salir del alma de la jóven; muerta se la hubiera creido si la voz de su dolor no anunciara el

cercano fia de su existencia.

Era la hora del crepúsculo, siempre melancólica, pero nunca mas triste que cuando nos encuentra: velando junto al lecho de muerte de un ser querido, i vemos en la lucha de la luz i las sombras un fiel reflejo de nuestro insensato combatir contra el poder que rije al mundo, combate en que siempre la luz desaparece ante las sombras vencedoras. Asi veia Basilia, sentada junto a su hija, estinguirse con la luz del astro rei la que iluminaba con suavisimos resplandores la senda de su vida; asi veia a Felicia, sol de su hogar, morir, mas no en el cciso sino al mediodia i casi en la mañana. Oristiana i sumisa a los designios de la Providencia, la madre no llorabs; aguardaba la separacion de su . hija con la resignacion sublime de quien ve en la ; muerte el tránsito a la vida i el cumplimiento de . una órden de lo alto. Quince dias há que sua ojos: no se cerraban para dormir, fijos siempre en su hija para sorprender en los apenas perceptibles movimientos de sus labios sus deseos i sus necesidades. Los escasisimos recursos de que alli podian disponer se habian empleado unos tras otros para combatir el ma; habiase llamado a la médica i pa- " ra cump ir sus prescripciones, Jacinto recorrió mag de una vez los mas ocultos senos de los bosques en busca de hierbas estrañas i rarisimas que, segun. aquélla, eran las únicas que podian sanar a Felicia. Ante una imajen de Maria, ardía pálida i tembiorosa una vela; viva muestra de la fe inquebran. table de los que alli moraban, su azulada llama semejaba la ardiente plegaria de una madre que espera mucho porque ama mucho mas,

El dia en que volvemos a penetrar en el rancho de Basilia, la enferma se habia confesado i recibido los últimos sacramentos; para ello habia venido de Carmencito el párroco, único sacerdote en muchas leguas a la redonda. A pesar de la fuerte lluvia i de la nieve que dominaba en las alturas, el anciano cura habia hecho el penoso viaje con increible presteza i teniendo que descender del caballo i pasar a pie en ciertas partes en que las aguas habian formado grandes hoyos mui peligrosos para los jimetes. Calado hasta los huesos, transido de frío i roaltratado por las asperezas del camino, habia llegado a Pichinco; mas esto no solo no lo contrariaba, sino que, al contrario, raras veces se le habia visto mas contento; ¿i por qué nó? para el cielo trabajaba i nada le importaban las inclemencias de la tierra.

—¡Ai señor!—dijo la madre al sacerdote;—las penas son las que le han hecho mas mella a mi hija, porque mentiria si dijera que en de que se fué Zacarias pa el norte ha tenido gusto pa alguna cosa, i se ha ido secando, secando, i ahí la ve su mercé

en el estado que está.

—Hija, ¿qué le hemos de hacer? Conformarse con lo que viene de arriba, que si Nuestro Señor lo

ha hecho, bien hecho está.

—Ciertito es eso, señor; pero cuando una está
sei, no se acuerda de eso, i le dan ganas de morirse

Horando.

Eso no debe ser, que tienes que cuidarte para tus hijos. Ademas, no hai que desesperarse, porque, mira, muchos enfermos he visto a la muerte i han sanado despues de ponerles la extrema; porque esto es para el cuerpo i para el alma, segun lo que mas le convenga.

-Dios le pague sus consuelos, señor, i le dé mu-

chos años de vida pa aliviar a los pobres.

I el cura, que no gustaba de elojios ni agradec!mientos, se despidio i salió. Era un hombre como de cincuenta años, de baja estatura i un tanto obeso; sin ilustracion, pero con mucha fe. En una sociedad culta pasara por ignorante i grosero; alli era la Providencia.

Solo en los momentos en que la hemos encontrado, na Basilia no tenia acompañantes por ser la hora en que todas las mujeres se ocupan en preparar la cena; pero durante el dia como en los anteriores, su rancho habia estado lleno de amigas que acudian a dar cada una un consejo, i todas a ayudar a cuidar de la enferma i saber cómo seguia.

-Pa esto no hai como el paico con agua de nis-

peros, -decia una comadre.

—Es pasmo,—declaraba luego otra,—i yo la sanaba con pepas de zapallo machucadas i cocidas en leche.

—¡Si mereciera conseguir la piedra del leon! suspiraba una vieja, que consideraba esa piedra co-

mo una panacea.

-Miéntras no le den raspadura de palqui en dos huevos batidos, no hai esperanza de que levante cabeza,—sostenia otra.

I formaban tal barullo de infusiones, cocimientos, batidos i raspaduras, que Basilia habia tomado la resolucion de no atender tales consejos, pues a hacerlo, viérase obligada a hacer tragar una pradera a la pobre enferma.

Pronto llegaron a la casa Jacinto i sus hijos; entraron todos en el rancho; i luego de haberse impuesto del estado de Felicia, se dirijieron a la cocina, callados i pensativos Valentin i su padre; alegres e indiferentes los pequeños, incapaces de comprender lo que es la muerte. De la hija menor se habia encargado una vecina, quien, habiendo perdido la suya, la cuidaria miéntras durara la enfermedad de su hermana.

Unas tras otras fueron entrando las amigas de que ya hemos hablado, i unas por aquí i otras por allá se metian en todas partes, todo lo escarbabanhablaban bajo, caminaban de puntillas i no se da ban an punto de reposo, aparentando trabajar mucho cuando solo estorbaban.

—Mamita,—dijo Felicia con voz pausada. —Qué hai, hijita?—le pregunto Basilia.

I la joven añadió mui quedo:

—Si yo me muero i usted ve alguna vez a Zacarias, digale que vaya a ver al curita i que él tiene un encargo mio que le interesa mucho. Que sea bueno, que se arrepienta de las maidades que ha hecho i no las vuelva a hacer nuaca i... que...

L'altaronle fuerzas para seguir i calló. Basilia perraneció a su lado sin atreverse a pronunciar una silaba; seguia con la mirada los movimientos mas leves de la enferma i deveraba las palabras que ésta

le dirijia,

Así trescunió una hora, durante la cual Felicia se durmió al parecer profundamente, con gran contento de los presentes, pues desde muchos dias le era imposible conciliar el sueño. Apagáronse las conversaciones i algunas mujeres salieron de la estancia; ordenóse a los muchachos que callasen i mas de una se estendió en comentarios sobre que el sueño era un pronóstico por demas favorable, i por tanto la mejoría no se haria caperar.

A poco de haberse dormide, notó Basilia que la respiracion de su hija era bastante fatigada i que al pasar por la garganta producia un ruido sordo i siniestro, que, débil al principio, fué acreciendo gradualmente i se hizo mas fuerte i mas prolongado, i tanto, tanto ciec ó, que Basilia se evamo e iba despertar a su hijo, cuando entró el cura, quien, acercándose con pasos rápidos al lecho, movió a la jó-

ven llamandola con voz suave:

-Feli, Feli.

— Feli!—gritó Basilia socudiéndola, pero la jóven tan solo pudo abrir los cjos lentamente i de nuevo los cerró.

— Felil phija, despierta!..—gritó de nuevo la madre i, abrazándola, trató de sentarla; pero el cuerpo se dobió i volvió a caer sobre el lecho. Basilia comprendié entonces que su hija se moria, i abrazándose a ella como si quisiera retenerla junto a sí, rompió a llorar, llamándola i clamando a voces; el sacerdote la separó del lecho i sosteniendo con una
mano a Felicia, hizo señas para que callaran a las
mujeres, hombres i niños que en esos instantes entraban en tropel. Postráronse junto a la cama Jacinto i sus hijos, i se agruparon en torno del sacerdote, de rodillas i temblando de emocion, cuantos
allí habia.

—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, — dijo el ministro de Dios, tomando en una mano un crucifijo i en la otra su breviario, mientras Jacinto sostenia la frente de Felicia; i empezó las oraciones de los agonizantes. La voz clara i apacible del sacerdote repetia las palabras sagradas; rezaban los otros a media voz; jemia desesperada la madre, i sonaba ronca i pavorosa la respiracion de la agonizante: concierto de la muerte; adios del mundo al que por siempre lo deja; mezcla de oraciones i zollozos, plegarias i jemidos: escena pavorosa como todo lo que a la muerte pertenece: momento aterrador en que todo se pierde o se consigue todo.

—Padre Nuestro,—decian aquellos hombres i mujeres dirijiendose a su Dios,—recibe alla en el cielo donde moras a esta alma que ya abandona su mezquina vestidura, esta alma que tú hiciste como tú inmortal, intelijente i bella i que hoi vuela hacia ti buscando lo infinito. Recibela en tu reino porque hizo tu voluntad aquí en la tierra.

De súbito se abrió la puerta i apareció un hombre que, abarcando en una mirada la imponente escena, se lanzó hacia la cama i allí cayó de hinojos esclamando desesperado i entre gritos i so-

llozos:

-; Feli, Felil

I como no le contestaran, gritó con voz tan alta que ahogó las oraciones:

-; Mirame, Felil ¡Aqui estoi; soi yo, Zacarias, que

te vengo a verl... ¡Feli!... ¡A aay!—gritó por fin el infeliz con tal violencia i ademanes tales que todos callaron.

Hubo un instante de silencio. Zacarias cojió una mano de Felicia i le dijo con voz suave i lastimera:

—Yo no fui el que mató a ese hombre; yo no he hecho nas malo; soi el mesmo de antes: perdóname lo que te he hecho paecer.

Felicia abrió los ojos, sonrió dulcemente i estre-

chó convulsa la mano de Zacarias.

—Se muere, —dijo el sacerdore, —viendo que doblaba la cabeza sobre el pecho, i colocó en su mano derecha el crucifijo. La moribunda lo llevó a sus labios; lanzó en un suspiro el nombre de Jesus; su

rostro i su cuerpo todo se contrajo, i espiró.

Dos dias despues, i cuando la aurora comenzaba apenas a lucir, salia de la casa de Jacinto una estensa comitiva: ante todo i llevado por seis hombres el huando, tablado de regular estension, sobre el cual iba colocado el ataud de tosca madera, forrado en trapos negros, que contenia el cadáver de Felicia; seguian dos mozos, portador el uno de unas docenas de cruces negras i el otro de un cántaro lleno de vino; cerraban el cortejo todos los hombres de Pichinco, muchos de los cuales llevaban tambien cántaros iguales al ya nombrado.

Largo i fragoso es el camino que a Carmencito conduce, lo que hacia necesario frecuentes detenciones en el camino para relevar a los portadores del cadáver; en cada uno de los puntos donde es detenian plantaban una cruz i se apuraban los cántaros para renovar las fuerzas. Ocioso es decir cuál seria el estado de los dolientes al llegar al cemen-

terio.

Al mismo tiempo que los restos de Felicia recibian la última palada de tierrra que debia cubrirlos, Zacarias volvia a incorporarse voluntariamente en el ejército, con grande asombro de los que poco há le habian visto recibir con tanto alborozo la li-

cencia que lo autorizaba para quedarse en la Montaña. Inutilmente lo habia buscado el cura para decirle que Felicia le pedia como último favor que jamas saliese de su tierra.

Una cruz sin inscripcion i sin nombre da sombra a las cenizas de Felicia. Hanse confundido las

de Zacarias con las arenas del desierto?

No lo sé, ni tiempo queda para inquirirlo, porque agotados ya los recuerdos que dieron vida a estas pájinas, debo terminarlas.—Ya era tiempo, dirán los lectores descontentos; mas yo replico que si la lectura no les dejeito, culpa no fué mia sino suya i mui suya, pues buscaron accion e intriga novelesca donde tan solo se ofrecian vistas de la Olamonoma, B. L. of Married 18 Actorios Montaña. STORMOR TO DESCRIPTION OF THE PART OF THE

## adaugenties arough at obusing the population and - 80 Britt Okaloul on FIN Sh allas Model a sacred -midd the your obeyell l'obot elle say bicom at

and the finished the property of the property of the party of the part

court abs cotocosdo of startd de tosos parties, forms.

shi yew about to without on our portugue angual see

ab our la mbatton bourses sob maternale paicin

Boll sohos biethob to onedbytes toble of opelle

-STELL SOLARIO BOL BE REGISERY (BOSSELE IN BE BUTCHER.

CHANGE THE PARTY DESIGNED IN THE ORIGINAL LONGERY

BETOLESTAD BET S TREET BUT OF LEVEL BY SERVICE

李明 与他的分析 为印度区域 等的人 自然,自然对 数据的 数据 199 (Service) 在第

wild not maderated on I state and made dealer and and the

AND THOSE SECONDARY BUTTONS MAN THORNESS BY SERVING BY

-ciance in ventell is selection to an entering in all

ings applied on somethy don and supplied the

The supported to the second se

"Atalian aidab amp attend oh abalah atalih at al

STREET, STREET

the last supplied to the property of the prope

I LODE BILLIANDE AND THE SELECTED FORESTERN MORE STATES OF SELECTIONS

plantage as obed because my I car